

BAJO LA CAPA MORTAL

S. S. KENT

El hombre hablaba con voz pausada. Parecía que en lugar de estar espiando a través de la Barrera Incógnita, se dirigiera a sus alumnos de la Cueva Tercera explicándoles los rudimentos de la antigua sabiduría científica. Su barba negra, hacía aún más grandes sus carnosos labios y Doris, involuntariamente, pensó en los monjes que aparecían en los libros.

—Parece, profesor Rarik, que sólo podemos tener confianza en las máquinas. Pero me niego a creer ciegamente en ellas. Fueron las cómplices de la perdición de la humanidad.

—Y ellas nos ayudarán a amanecer de nuevo. Dios quiera que los hombres aprendan a utilizarlas más sabiamente.



S. S. Kent

Bajo la capa mortal

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 52

ePub r1.0
Lds 22.06.18

Título original: *Bajo la capa mortal*
S. S. Kent, 1956
Cubierta:
Cha’Bril
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




BAJO LA CAPA
MORTAL

CAPÍTULO PRIMERO


s intolerable esa angustia de no saber…

—Cálmese, Doris, no desespere, las máquinas tienen sus fallos y ésta más que ninguna. Es rudimentaria y podemos considerar milagroso su funcionamiento.

El hombre hablaba con voz pausada. Parecía que en lugar de estar espiando a través de la Barrera Incógnita, se dirigiera a sus alumnos de la Cueva Tercera explicándoles los rudimentos de la antigua sabiduría científica. Su barba negra, hacía aún más grandes sus carnosos labios y Doris, involuntariamente, pensó en los monjes que aparecían en los libros.

—Parece, profesor Rarik, que sólo podemos tener confianza en las máquinas. Pero me niego a creer ciegamente en ellas. Fueron las cómplices de la perdición de la humanidad.

—Y ellas nos ayudarán a amanecer de nuevo. Dios quiera que los hombres aprendan a utilizarlas más sabiamente.

—¿Los hombres? Serán los últimos en perecer. Si sólo queda un superviviente, será uno de su sexo, profesor.

Él no contestó. Volvió la mirada hacia la máquina, simulando haber visto algo que comenzaba a llamarle la atención. Alzó un brazo, haciendo un gesto para que se acercara uno de los demacrados muchachos que sostenían el pesado cable conductor que emergía de la última Cueva.

—Jan Hofson, déjalo con suavidad en el suelo. Está desconectado, Ahora ayúdame.

El grupo de andrajosos y macilentos seres humanos contemplaba con curiosidad las manipulaciones del profesor Rárik. Sólo curiosidad exenta del menor entusiasmo por sus resultados.

¡Habían fracasado tantas tentativas! Llevaban muchos años así como míseras hormigas que intentan alcanzar las nevadas cumbres. Hormigas incluso en su aspecto exterior. Trajes aislantes llenos de zurcidos de una negrura implacable. La esfera de negro cristal. Los brazos rematados por unas pinzas que apenas funcionaban y que servían para detectar el peligro, como una especie de antenas.

—Desplace suavemente el rodillo hacia el límite del precipicio. Doris. Deténgase allí y agáchese. No debemos descuidar ninguna precaución.

Jan Hofson sostuvo abierta la plancha situada en la parte superior del extraño invento del profesor Rarik. Éste hurgaba en su interior, intentando vanamente conseguir que la rudimentaria aguja sensible se moviera.

Se atusó nuevamente la barba, pensativo.

¿Y si por milagro la radiactividad hubiera desaparecido? Qué bella cosa sería. Podrían despojarse de sus ropas protectoras, estrellar las negras esferas contra las rocas e irse a bañar a aquel lago de límpidas, pero ahora traidoras aguas dulces. El anchó mundo estarla abierto a todos los caminos y podrían saber por fin si…

—¡Rarik! ¡Rarik!

—¿Qué te ocurre, pequeña?

Doris hacía gestos señalando el rodillo con una mano, mientras con la otra ajustaba su auricular a la esfera para asegurarse de algo que parecía haber descubierto.

—Oigo una vibración, en dirección Oeste.

Rarik hizo un gesto de extrañeza.

—¿Al Oeste? ¿Hacia el Océano?

—Sí, no lo comprendo profesor, pero así es.

—El Océano quiere burlarse una vez más de nosotros. Temo cien mil veces más sus aguas que la Barrera Incógnita. Nuestra esperanza está aquí y no en el oeste. La radiactividad es muy inferior.

—¿Quién sabe? La Barrera Incógnita lo sigue siendo. No hemos adelantado nada. Lo único cierto es que este rodillo detector indica algo y ese «algo» está indudablemente en el oeste.

En el grupo algunos cuchichearon. La esfera que cubría sus cabezas daba una extraña entonación a sus palabras. Todos parecían tener la voz igual, a través de los irritantes altavoces.

—Quizá alguna de las jóvenes… —comenzó a decir Oleg Mars. No se atrevía, a continuar. Finalmente hizo un esfuerzo—. Una de las Desaparecidas…

—¿Por qué no? —añadió impetuoso Jan Hofson—. Pudo hallar un camino libre, un claro vital, expandirlo en dirección a las Cuevas. Ese núcleo libre de radiactividad es lo que produce esa vibración que acaba de percibir Doris.

—No fantasees, pequeño —contestó benévolo el profesor Rarik —. Ninguna de las jóvenes desaparecidas poseía elementos para desplazar nódulos de aire puro hacia nuestro fiordo.

Jan Hofson dio un bufido, malhumorado. Apreciaba al profesor, era uno de los pocos incondicionales que se arriesgaban a seguirle hasta las puertas de la Barrera Incógnita, tenía fe ciega en todo cuanto decía, pero no podía soportar su costumbre de llamarlo «pequeño».

Tenía ya veinte años. Pero ninguno de los del grupo sobrepasaba los veinticinco y también eran tratados como «pequeños» por el profesor. Y éste, pese a su barba monacal, a toda su experiencia adquirida en los libros y en el laboratorio, tenía bastante menos de los cuarenta años.

Doris sonrió al pensar en la causa que había motivado el mal humor de Jan. En aquel momento su rostro se ensombreció.

—Ya no oigo ninguna vibración. La Capa Mortal vuelve a dominar. ¿Cuándo la partiremos?

Doris era la única mujer del grupo. Una especie de representante de aquellas jóvenes desaparecidas misteriosamente. Nadie sabía por

qué, pero el profesor Rarik era detestado por el elemento femenino de las Cuevas. Todas hostilizaban sus proyectos y alguna de las más influyentes le acusaba en público de ser el responsable de las desapariciones. Sólo Doris adivinaba que el profesor hallaría algún día la solución al misterio y además rompería el nudo gordiano que los agarrotaba.

—El sol se va a ocultar. Regresemos.

Rarik hubiera deseado aguardar unas horas más, sin moverse de allí, por si se repetía la vibración detectada por Doris. Pero no podía hacerlo sin arriesgar más la preciosa existencia de sus jóvenes seguidores. El pueblo de las Cuevas de Sogne Fjord había sido demasiado diezmado por el hambre, las enfermedades y aquella última plaga de las desapariciones, para que ahora el profesor lo castigara con sus imprudencias.

Todos obedecieron en silencio. El día había sido descorazonador.

—Tantas fatigas para trasladar el cable conductor desde la Última Cueva, para nada —comentó abatido Oleg Mars—. La dichosa máquina se estropea y cuando Doris da un grito de esperanza, resulta que el Océano nos engaña una vez más.

—Mañana reanudaremos la exploración, pequeños. No hay que desesperar.

—Nuestros padres y nuestros abuelos no desesperaron, pero no adelantaron nada.

—No exageréis —exclamó el profesor. En su voz se traslucía una ligera irritación, poco habitual en él—. ¿Acaso no os he repetido mil veces las condiciones que imperaban en las Cuevas de Sogne Fjord en los primeros días, en la terrible década de 1995 a 2000?

—No nos preocupemos de lo que ocurrió hace más de cien años, sino de lo que ocurre ahora, en febrero de 2119. Por lo menos entonces tenían abundancia de alimentos naturales, ocultos en las Primeras Cuevas.

—Alimentos que fueron despilfarrados tras una lucha fratricida. En esos diez años se regresó a la barbarie de los tiempos prehistóricos, y el Consejo de Ancianos es aún testigo viviente de que estuvimos entonces más cerca que ahora de la extinción. ¿Imagináis lo que hubiera ocurrido si la Capa Mortal hubiera entonces desaparecido y los descendientes de aquellos bárbaros se hubieran esparcido por la tierra, llevando la simiente de una

humanidad peor que la que desapareció en 1995?

Doris miraba intranquila hacia el disco llameante que iba a ocultarse tras las montañas. Si el profesor creía hallarse en las abrigadas Cuevas, era su deber despertarlo de su engañosa ilusión. Rarik se inflamaba cuando alguien ponía en duda el trabajo efectuado por las generaciones antecedentes hacia una salida.

—Vamos, profesor. Otro día que llevemos protección más espesa podremos detenernos. Ahora debemos trasladar todo esto a su sitio.

La última Cueva se hallaba en donde el fiordo moría mansamente. Sus aguas, privadas de la luz del sol, mostraban unos reflejos amenazadores. A prudente distancia de ellas Rarik y sus seguidores echaban miradas de reojo a la superficie, como si esperaran ver salir el enigma corpóreo que les atormentaba. El misterio que se llevaba a las muchachas del Pueblo Solitario, el último resto de humanidad que habitaba sobre la atormentada esfera terrestre.

Enrollaron el cable conductor, echaron una mugrienta lona sobre la máquina y el rodillo y caminaron lentamente hacia la pesada puerta de plomo que se abría al mundo de las Cuevas. Doris iba la última. Ella se cuidó de cerrar.

Pero antes de hacerlo aún dirigió una última mirada, mezcla de curiosidad y temor hacia la superficie del fiordo. Débiles olas se estrellaban contra los cantos rocosos de la exigua playa terminal. Doris se estremeció cuando vio algo que parecía una sombra extenderse suavemente hacia la puerta de plomo.

Movió nerviosamente la gran palanca y cerró la puerta. Apenas había comido aquel día y los sentidos volvían a jugarle malas pasadas.

CAPÍTULO II


lguna novedad, profesor?

El ascensor, que oscilaba peligrosamente a cada parada, se había detenido definitivamente al llegar a la Profundidad Novecientos. Una hora habían tardado en recorrer verticalmente aquella distancia. Habrían de andar quince minutos más para trasladarse al ascensor más rápido que los trasladaría hasta la Profundidad Mil Setecientos.

—Débiles indicios solamente, Marebo. La máquina no funcionó.

Marebo era el jefe del grupo de Vigilancia Exterior. Debido a la escasez de voluntarios, el control del fiordo, sus laderas y las aguas se efectuaba por medio de aparatos rudimentarios desde la Profundidad Novecientos. Si los aparatos registraban alguna anomalía, el grupo se trasladaría con el ascensor afuera, impulsados, como se hacía en casos de peligro o de alarma, por cargas eléctricas, que sólo se reservaban para momentos apurados.

—Cada vez funciona más lentamente el ascensor —rezongó Oleg

Mars—. Pronto nos pasaremos el día entre subir y bajar.

—El día que dispongamos de toda la electricidad que deseemos, ni el rayo nos aventajará a bordo de los ascensores —comentó alegremente Rarik.

Se despojaron de sus estropeados trajes protectores y emergieron con vestiduras más limpias, aun que no menos pobres. A pesar de que allí no había el menor peligro de que alcanzara la Capa Mortal, nadie habitaba la plataforma subterránea denominada Profundidad Novecientos. Veinticinco años antes la insidiosa amenaza se había infiltrado hasta la Profundidad Quinientos, y el Consejo Técnico había ordenado que el Pueblo Solitario se replegara hasta más abajo de la Profundidad Mil Setecientos.

Desprovista de la esfera que hasta entonces había cubierto su cabeza, Doris aparecía más delgada, bella como una antigua diosa nórdica, sus rubios cabellos momentáneamente desplegados sobre sus hombros. Oleg Mars se quedó contemplándolos por espacio de varios segundos, el tiempo que tardó ella en recogérselos y sujetarlos con una cinta de vivo color.

Oleg era moreno, como en tiempos pasados habían sido los hombres de las razas desaparecidas del Sur. Era uno de los pocos habitantes de las Cuevas que podían vanagloriarse, sin dar lugar a dudas, de ser descendiente de los soldados que ocupaban la nave que buscara refugio en el fiordo durante aquel trágico 1995. Aunque se guardaba amargo recuerdo de ellos entre los ancianos del Consejo, el exotismo de una sangre que no era escandinava, daba un matiz levemente aristocrático a sus descendientes, nietos o bisnietos.

—A toda presión, Marebo. Gracias.

El ascensor descendió raudamente. Aunque disponía de un graduador de inercia, el debilitado organismo de sus ocupantes experimentaba un malestar, sobre todo en los oídos, que no cesó hasta llegar diez minutos más tarde al término del viaje.

—¿Logró algo, profesor?

—¿Halló rastro de ellas?

—Por favor, Rarik, dígame…

—El Consejo está impaciente.

—¿Podremos salir pronto?

—¿Su máquina dice algo?

Rarik y sus seguidores apenas podían abrirse paso. Apenas se había abierto la Tercera Puerta, cuando le estaban ya asaetando a preguntas, como todos los días. Había personas de toda clase. Viejos, jóvenes, doncellas, niños que aún no conocían él sol, ancianos de labios temblorosos, que en su infancia habían oído estremecedores relatos de la Década ominosa. Había también algún que otro joven jefe de grupo, libre de servicio, que acudía a poner orden entre aquella impaciente barabúnda.

—Si hay alguna novedad, los altavoces la harán pública inmediatamente. Debo presentarme ante el Consejo Técnico. Ahora no puedo decir nada…

Rarik se desasió suavemente de una anciana que en muda súplica se le había agarrado al brazo, y pronto se halló por los solitarios corredores de la Cueva Tercera.

La brillante luz que los iluminaba hacía más patente la pobreza en que se desenvolvía la existencia del Pueblo Solitario, los frágiles cables luminosos se esparcían por todos los recovecos, dando una luz difusa, muy parecida a la del exterior.

La apisonada tierra no levantaba polvo alguno. De las viviendas salía un leve vaho que iba a perderse en los ventiladores situados en cada cruce de corredores. Era la hora de condimentar en hornillos de gas provenientes de las entrañas de la tierra, la cena compuesta de racionados alimentos sintéticos. A decir verdad, no era necesaria la cocción, pero el ánimo del pueblo superviviente se recreaba con la ficción de remotas labores culinarias.

Cuando comenzaron a ensancharse los corredores y se vio más gente caminando al azar, Rarik se despidió de sus jóvenes.

—Volved con vuestras familias. Atended a lo que ordenen los altavoces.

—¿Cree que el Consejo Técnico ordenará la suspensión de las exploraciones del exterior? —preguntó Doris.

—Yo informaré. Luego ya se verá —se evadió el profesor.

—Cuente siempre con nosotros —dijo Jan Hofson—. Aunque decida operar sin ayuda del Consejo.

Rarik sonrió. Sus «pequeños» eran hombres hechos y derechos. Fieles hasta en la adversidad. Por ellos no se desanimaría jamás.

—Gracias. Reposad, que buena falta os hace. Ha sido un día fatigoso en extremo.

* * *

La mayoría de los miembros del Consejo Técnico eran hombres jóvenes como Rarik. Todos ostentaban el grado de profesor, después de largos períodos de estudio intensivo, asimilando el contenido de los viejos libros que se habían podido salvar de la magna catástrofe. Con el Consejo de Ancianos formaban el gobierno efectivo del último pueblo sobre la Tierra.

Rarik avanzó hasta situarse en medio del círculo que formaban sus veinte colegas sentados ante pupitres provistos de micrófonos diversos conectados con todos los centros vitales de las Cuevas.

Se sentó ante el hombre que presidía la reunión. Un hombre de cabellos blancos, pero de rasgos que denotaban su firmeza de carácter, su madurez y su experiencia en las lides del minúsculo gobierno. Era el director del Consejo, Allen Morphy. A su lado estaba el secretario de Consejeros, Hure Ladd.

—Os estábamos aguardando, profesor Rarik.

—Estoy dispuesto a informa, consejeros.

Hure Ladd se puso en pie para leer los resultados de las órdenes cursadas por el Consejo la semana anterior. Todos escuchaban pacientemente, mirando de vez en cuando el anacrónico reloj, que nadie se explicaba estuviera allí, a menos que se aceptara la versión de que procedía del buque de los soldados extranjeros. Aguardando a Rarik, nadie había comido, y el perpetuo apetito despierto se acrecentaba ante los olores que llegaban a través de los corredores.

—El consejero Rarik dará cuenta de sus actividades durante la presente semana —terminó el secretario.

—Di cuenta en la anterior reunión —comenzó el profesor— de que la máquina estaba lista para ser transportada a la última Cueva y de allí al exterior. Inmediatamente lo efectué con ayuda de los ocho voluntarios, alumnos míos todos.

Hure Ladd le interrumpió con un ademán:

—Necesito anotar sus nombres. Dígamelos.

El tono de su voz era desabrido. El director atenuó el gesto, aclarando:

—Es para recompensarlos inmediatamente, llegado el caso.

—Jan Hofson, Oleg Mars… Unos bravos muchachos, cuyo ejemplo debiera ser imitado. —El profesor fué mencionándolos

todos—: Doris Lefors…

—¿La hermana de la muchacha que desapareció hace dos años?

—En efecto.

—Una chica hermosa, por cierto —comentó Hure Ladd, sombríamente. El secretario era un hombre tétrico, invadido por el mal de las profundidades terrestres, aun en el momento de emitir una alabanza—. Era bastante mayor Annelie que Doris.

—Creo que cinco o seis años…

—Señores —carraspeó Allen Morphy—. Agradecería omitieran comentarios particulares. Continúe, profesor Rarik.

—Nos costó tres días poner en funcionamiento el condensador de energía de la Última Cueva, Luego vino hacer las pruebas de los trajes aislantes. No conseguí hallar cosa mejor en los almacenes. Tuvimos que reparar la mayoría, pero a pesar de ellos la radiactividad se filtra en un dos por ciento.

—Porcentaje no peligroso —intervino Un consejero.

—A la larga sí. La radiactividad destruye la defensa interior de los trajes. En fin, que hasta ayer no pudimos efectuar la primera exploración. No detectamos radiactividad en el Valle de Hukseno, por lo que fuimos avanzando por las laderas, desenrollando cable hasta situarnos a cinco kilómetros de distancia de la base y a trescientos metros de altitud.

—Encomiables marcas. Nadie se había alejado tanto.

—Es decir, llegamos al precipicio de Havagen, limite de la zona irregular de radiactividad. Más allá nuestros trajes protectores no hubieran ofrecido más garantía que una hoja de papel.

—¡Maldita Capa Mortal!

—La Barrera Incógnita que será nuestra perdición.

—Logré trasladar mi máquina, junto con un rodillo detector, hasta allí. Pero algo falló en su mecanismo. Iba a intentar hallar la causa, cuando Doris, que manejaba el rodillo, me llamó.

Los consejeros ya no prestaban atención al anacrónico reloj. El relato de Rarik se ponía interesante.

—Había descubierto una vibración…

—¡Un nódulo de aire puro en el éste!

—Lamento tener que decir que la vibración fue percibida en el oeste, es decir, en el Océano.

—¡Absurdo! El Océano es el lugar de mayor radiactividad.

—Proviniera del este o del oeste, la vibración apenas fue perceptible y apenas duró unos segundos, lo que significa que no podemos sentar una opinión concreta acerca de ello.

Una sombra de desánimo invadió a los consejeros. Eran ya muchos los años de desengaños, de avanzar un paso para retroceder dos. Si no se conseguía romper el cerco letal, el Pueblo Solitario se extinguiría.

* * *

A través de las aguas contaminadas unas sombras avanzaron.

El Sogne Fjord mostraba una extraña actividad aquella noche. Algo se deslizaba sobre la negra superficie líquida, adentrándose kilómetros y kilómetros a través de desoladas playas de cantos redondos, dirigiéndose al Vaile de Hukseno.

Si el fiordo estaba solitario de día, de noche era un peligro pasear por sus orillas.

El pueblo de las Cuevas salía algunas veces a bañarse en sol. Pero, desde que comenzaron a menudear las desapariciones, el temor obligaba a las gentes a quedarse en la Profundidad Mil Setecientos.

¿Qué clase de seres eran los que se agitaban sobre aquellas mortales aguas?

¿Qué nuevo peligro se cernía sobre los habitantes de las Cuevas del Sogne Fjord?

Un rumor sordo emergía de las aguas. Un rumor que no podía ser captado por los precarios aparatos detectores de Marebo y sus hombres.

Éstos paseaban medio adormilados por los vacíos corredores de la Profundidad Novecientos. De vez en cuando, el propio Marebo ponía en marcha y expandía los rayos de su lámpara portátil por las Profundidades Intermedias, que a modo de capas habían ido marcando el lento progreso del Pueblo Solitario.

El ascensor subía y bajaba, pues Marebo gozaba fama de hombre escrupuloso y sabía que la seguridad de su pueblo estaba en las manos del grupo de Vigilancia Exterior. En cada Profundidad Intermedia detenía el ascensor, comprobaba el aparato detector de alarma y se aseguraba de que no había novedad. Llegó hasta la

Puerta que separaba la Profundidad Cero de la última Cueva y se aseguró de que los cierres estaban herméticamente echados.

No había novedad… aparentemente.

Porque fuera acechaba el peligro. Un peligro desconocido. No la ola expansiva de la radioactividad, colgada como espada de Damocles a través de generaciones. Algo que ni el profesor Rarik, ni Allen Morphy, ni Marebo podían ni tan siquiera imaginar.

No habían transcurrido unos minutos desde que Marebo comenzara a descender, cuando la puerta de plomo comenzó a moverse.

Unas sombras se arremolinaban ante ella, en el exterior. Sostenían una especie de catapultas que aplicaban a presión. La puerta se resistía, pero la catapulta, sin el más leve temblor, sin que pudiera un observador adivinar qué energía la impulsaba, iba haciendo su tarea.

La noche era oscura. Los demoníacos seres que intentaban abrir brecha en las Cuevas mal defendidas parecían gigantescas arañas ocupadas en su labor. Parecían salir y ocultarse del agua. El agua que nadie del Pueblo Solitario podía tocar sin peligro de muerte.

Marebo oyó crepitar el altavoz situado en el ascensor. Oyó la débil voz de uno de sus hombres.

—Apresúrese, jefe. El registro de la puerta comienza a agitarse.

Dentro de cinco minutos llegaría a la Profundidad Novecientos. Quedó unos segundos indecisos entre proseguir o retroceder de nuevo hacia la salida.

—¿Qué número señala la aguja?

—Entre el 7 y el 9.

Se tranquilizó. El peligro no comenzaría por lo menos hasta el número treinta o cuarenta. Menos de diez indicaba simplemente que el Valle de Hokseno estaba invadido por una ola radiactiva, que chocaba en aquellos momentos con la plancha sensible de que estaba forrada la puerta de plomo.

Cuando llegó abajo, la aguja estaba quieta de nuevo.

—Mañana, cuando salgo el sol, nos pondremos los trajes y echaremos una mirada al exterior. Lo de siempre, seguramente.

Marebo tenía una fe ciega en sus instrumentos de control. Las condiciones imperantes en las Cuevas, no permitían, sin embargo, fabricar instrumentos de gran precisión, e incluso habían de

utilizarse aparatos fabricados ciento cincuenta años atrás, que habían sido reparados infinidad de veces.

Marebo anotó en la pizarra la leve oscilación registrada y pidió el cajón de herramientas. Iba a corregir un defecto del ascensor: la cámara de descomposición no funcionaba bien.

Se arrodilló en el suelo y levantó una trampilla. Separó los hilos de la carga eléctrica de emergencia y dejó escapar gas. Un tremendo silbido le atontó momentáneamente.

La reparación sería sencilla. En aquel momento percibió un leve ruido sobre su cabeza, Levantó los ojos y quedó paralizado por el terror.

Un tremendo boquete se había abierto en el techo. Una especie de gigantesca araña azulada se le venía encima. Se puso la mano al cinto para disparar, pero no pudo conseguirlo.

La Muerte se abatía sobre él.

CAPÍTULO III

n el remoto fiordo de las costas noruegas parecía haber quedado un vestigio de la vida. Por un milagro de la Providencia en él Sogne Fjord la Capa Mortal presentaba un gran nódulo de aire puro. Los habitantes delos pueblos cercanos habían buscado refugio en unas pequeñas cuevas del fiordo, cuando se dio el aviso de que estaban siendo lanzadas las Armas del Fin.

El comandante de un buque de guerra pensó que también estarían mejor protegidos los expedicionarios que llevaba a bordo desembarcándolos allí.

La apocalíptica escoba nuclear les pasó a todos por encima. Comenzó la era del Pueblo Solitario.

Estaban aislados en el fiordo, La experiencia demostraba que la atmósfera y el Océano estaban contaminados a su alrededor y que no podrían averiguar qué había sido del resto del planeta hasta que desapareciera la maligna capa. Los aparatos de radio no emitían

más que ruidos y las llamadas hechas desde las cuevas no eran contestadas.

El gobierno del país había almacenado medicamentos y provisiones en todos los refugios. En las Cuevas hallaron sus atemorizados habitantes recursos para varios años. Pero ello no era suficiente. Se sentían prisioneros, solos.

La primera época fue difícil, con luchas, odios y rencores. Al terminarse las provisiones, el Pueblo Solitario se convulsionó. Morían como moscas, arrebatándose los míseros bocados, llegándose a bestiales actos.

Los más sensatos comprendían que la única posibilidad de supervivencia era trabajar unidos, no perder la esperanza, rehacer lo destrozado con los pocos medios disponibles. Ya que Dios había hecho del Sogne Fjord una nueva Arca de Noé, debían mostrar su confianza en Él, iniciando en aquellas oscuras cuevas el renacimiento de la Humanidad.

Mas sus voces no eran escuchadas.

Morían más que nacían. Se repetía allí la gran locura que había asolado el planeta.

Pero hacia el año 2050 surgió potente un anhelo de dignificación, de progreso. Los jóvenes se aunaron y ocuparon el puesto de los abatidos hombres maduros. Se impuso una férrea disciplina. Se recogieron los instrumentos, los libros, las materias primas que habían podido salvarse en los rincones de las cuevas; todo aquello que serviría para iniciar el renacimiento.

Se comenzó a estudiar todo lo que podía ser aprovechado en las reducidas circunstancias. Se comenzó a agrandar las cuevas, se perforó pacientemente la tierra para dar cabida a futuras expansiones de población, se reconstruyeron las máquinas estropeadas, se buscó el aprovechamiento de los variados minerales que se hallaban en el subsuelo.

Cincuenta años más tarde se había conseguido un grado de progreso comparable al existente en la segunda mitad del siglo XX.

Los medicamentos se producían fácilmente y en abundancia. Las cuevas estaban entrelazadas por redes telefónicas y la radío suplía a la prensa. La electricidad era generada por centrales que aprovechaban el de una corriente hirviente que emergía de las entrañas de la tierra.

Pero en otras cosas estaban peor que en 1950.

Dada la absoluta carencia de superficies expuestas al sol, aptas para el cultivo agrícola, había sido de urgente necesidad la fabricación de alimentos sintéticos Inmediatamente que comenzaron a agotarse las reservas. Pero las materias primas de que disponían para ello eran escasas y la producción era deficiente con respecto a las demandas siempre acuciantes del hombre.

Tampoco se había podido conseguir la fabricación de fibras artificiales. Algunos técnicos regeneraban los tejidos viejos y podían mantener esta necesidad física a un nivel aceptable.

La televisión, la malhadada energía atómica, la metalurgia de los falsos metales, también eran objetivos inalcanzables.

Mas, a pesar de todo ese esfuerzo de una generación tras otra, no se había olvidado el principal afán, la pasión que les movía desde los primeros días en que enmudeció todo a su alrededor.

El Pueblo Solitario ansiaba saber si existían más nódulos de aire, supervivientes de la magna catástrofe. Si ellos se habían podido salvar, ¿por qué no había podido ocurrir igual en otras partes de la Tierra?

Además, si lograban establecer contactos con otros seres humanos, ello sería a costa de partir la Capa Mortal, de burlar su maléfica ponzoña. El primer zarpazo a ésta significaba que en un día no lejano toda ella podría ser destruida.

Mas los técnicos progresaban lentamente. No se había podido pasar más allá del principio. Surgían tendencias desacordes en el seno del mismo Consejo Técnico.

* * *

Hure Ladd hablaba lentamente.

—El profesor Rarik está perdiendo el tiempo.

Soy de la opinión de que debemos reanudar la excavación de la Gran Galería.

Era un viejo proyecto que había sido abandonado a poco de ser iniciado, gracias a las convincentes oposiciones del profesor Rarik.

—¡La Gran Galería! Un proyecto absurdo —contestó el atacado —. ¿Dónde vamos a depositar la tierra?

—En el extremo del fiordo. Pero, antes de que se acumule

demasiado, confío en que hallaremos cuevas naturales que a medida que avancemos servirían de depósitos.

—Proyecto para tortugas aburridas. —Rarik era sarcástico raras veces, pero pensó que allí había que pegar fuerte si no quería ver su proyecto de los nódulos por el suelo—. ¿Cuánto tiempo se precisará para llegar al próximo fiordo?

—Lo ignoro… depende de las cuevas naturales que hallemos por el camino… mas no hay otra solución para la salida.

—Hay otra. La mía.

—Repito que es perder el tiempo. No disponemos de material para cruzar sin peligro la Barrera Incógnita. Además, por la parte exterior nos exponemos a demasiadas pérdidas.

—Si no se descuidan precauciones, ninguna.

—¿Olvida, profesor Rarik, que ya son demasiadas las jóvenes desaparecidas?

—Podemos hallar el misterio investigando en el exterior y no hurgando más el subsuelo.

—En el exterior existe algo misterioso contra el cual sólo debemos adoptar una actitud defensiva. Estamos demasiado escarmentados.

—Eso se llama cobardía. No podemos asegurar nuestra supervivencia si ocultamos nuestra cabeza bajo él ala, como hacían los desaparecidos avestruces. Estoy seguro de que la capa no es más gruesa de un, kilómetro o dos. Puedo descubrir un medio de aislarme de ella y fabricar un aparato aéreo para volar sobre ella y explorar las condiciones imperantes en las zonas cercanas. Si hallamos otro nódulo superviviente, será otro escalón para seguir explorando el planeta. Sería un gran día para nosotros aquél en que…

Los altavoces despertaron bruscamente. Se conectaban automáticamente con el punto de alarma, cortando la emisión.

—¡Atención! ¡Atención! Incomunicados con la profundidad Novecientos. Marebo no contesta. Precaución en el ascensor. Llevad las armas automáticas encima.

Allen Morphy se precipitó al teléfono, llamando a la Central de Comunicaciones y Control.

—Habla el director del Consejo Técnico. ¿Qué ocurre?

—Hace un minuto ha funcionado el dispositivo de alarma

conectado con el lugar en que se halla Marebo. Hemos llamado allí y no contesta, lo que hace suponer que ha ocurrido algo grave. Me he permitido emitir la alarma general…

—Bien hecho. De orden que nadie monte en el ascensor, salvo autorización expresa mía.

Colgó el aparato. Era la primera vez que se daba la alarma desde tan cerca. Nunca había ocurrido nada tan abajo, en la Profundidad Novecientos. ¿Qué habría sido de Marebo y sus vigilantes?

CAPÍTULO IV


a confusión era enorme. La situación era considerada grave por el Consejo, pero nadie se atrevía a tomar una iniciativa, a dar el primer paso.

El profesor Rarik, sin embargo, no perdió la serenidad Sabía que había personas con quienes podía contar. Y esas personas se reunieron a su alrededor a los pocos minutos de dada la alarma. Allí estaban de nuevo Oleg, Jan, Doris…

—Hemos sido los últimos que hemos estado en la Profundidad Novecientos. Debemos ser los primeros en regresar.

—Eso es una locura, profesor —objetó Allen Morphy—. Debemos apurar la detección con los aparatos.

—Cuanto más pronto subamos más pronto saldremos de dudas. Buscad en el almacén los mejores trajes de protección que encontréis. Esferas ultrareforzadas y todo lo demás, muchachos.

Menos mal que ya no les llamaba «pequeños», pensó Jan, mientras se encasquetaba el casco.

Todo a su alrededor se volvió oscuro. Tardaría unos dos minutos en habituarse.

Galantemente a Doris le habían reservado el traje más herméticamente cerrado. Por su constitución física, la muchacha era la más expuesta a los peligros de la radiactividad.

El ascensor salió disparado a toda velocidad. Con el casco colocado, Doris apenas notaba los efectos de la descompresión y los oídos le dolían en extremo. Cuando se hallaban en la plataforma Mil el profesor detuvo el ascensor.

—Oleg, Jan Hofson, Piert Mass y Gloverk, buscad el ascensor secundario, ponedlo en funcionamiento y pasad a la Profundidad Ochocientos. Desde allí, por la antigua escalera, bajad con cuidado a la plataforma. Aseguraos de que no hay filtración en vuestros trajes.

El profesor fraccionaba sus fuerzas con el fin de evitar una sorpresa desagradable. Oleg Mars sería el jefe del pequeño grupo.

—Y sobre todo no os precipitéis —añadió Rarik.

Había ocurrido en otras ocasiones que la Capa Mortal descendía hasta situarse peligrosamente cerca de las Cuevas. Pero que la radiactividad penetrara a través de la puerta de plomo y descendiera hasta los novecientos metros, era más que extraño.

—Puede tratarse de seres humanos que han descubierto la existencia del Pueblo Solitario, y que Marebo los haya recibido hostilmente. No disparéis salvo caso de extrema necesidad.

Las armas automáticas semejaban pistolas rudimentarias, bastamente trabajadas exteriormente, pero de cuya eficacia no cabía dudar, ya que podían disparar hasta cien balas en menos de un minuto.

Vieron cómo los cuatro muchachos se alejaban per la galería en busca de uno de los ascensores secundarios, como se llamaban los que sólo comunicaban dos o tres profundidades.

Frente al mando del ascensor, Doris aguardaba a qué Rarik diera la orden.

—Subamos, Doris. A la mínima velocidad.

El ascensor se elevaba lentamente, demasiado lentamente para los impacientes muchachos. Iban a enfrentarse con algo desconocido para ellos, seres.

Quizás de otras razas, habitantes de otros planetas, o

posiblemente engendros monstruosos de la radiactividad.

Rarik comenzaba a estar preocupado. Las ideas surgían una tras otras desarrollando una suposición. La última le resultaba verdaderamente horrible.

—¿Y si el nódulo de aire que nos protege hubiese desaparecido?

—Ella equivaldría a no poder salir jamás del fiordo —contestó Doris—. Hure Ladd se saldría con la suya.

—No habría otro remedio que buscar otros nódulos a través de galerías subterráneas… pero…

Otra idea comenzaba a bullir por la mente del profesor.

—… No, aún se puede intentar… ¡no habérseme ocurrido antes!

—¿De qué se trata? —preguntó curiosamente Doris.

—Hagamos un vehículo, un submarino, algo que nos permita viajar impunemente a través de la radiactividad.

—Ya se probó antes, con un total fracaso.

—Antes… hará cincuenta años. Ahora tenemos más medios para lograr un mecanismo de tal índole.

—¿Cómo lo impulsaríamos? Antiguamente se contaba con los motores de explosión, la energía nuclear. No tenemos ni carburantes ni nada.

—No es cierto, Doris. No tenemos gasolina, pero podemos encontrar la forma de fabricar un sustituto. Tenemos carbón de sobra…

La conversación quedó súbitamente interrumpida. El ascensor se había detenido.

—Hemos llegado. Abre la puerta.

Doris pulsó el mando correspondiente. Un escalofrío recorrió la médula espinal de Rarik y de sus alumnos. La puerta se abría lentamente. ¿Qué aparecería ante sus ojos?

El único que no miraba era Rarik. Sus ojos estaban fijos en el «geiger» que llevaba en la muñeca. Contra lo que primero se había supuesto la aguja no se movió del cero.

—No hay radiactividad. Veamos qué accidente le puede haber ocurrido a Marebo.

Salieron. La amplia galería aparecía solitaria. Las brillantes luces iluminaban los corredores que, partiendo de ésta, se ramificaban en todas direcciones. No había rastro alguno de vigilantes. Quizá, en el otro ascensor.

—¿Podemos despojarnos de los cascos? Resultan incómodos.

—El peligro puede aparecer en el momento menos pensado. No toquéis nada de vuestro equipo y empuñad las armas. Si alguno tiene miedo, puede quedarse en esta profundidad.

Nadie respondió. Las palabras del profesor habían sido sin duda extraídas de algún antiguo libro de historia, cuando se reñían las batallas en medio de los campos. En aquellas galerías sonaban a hueco. Y además, nadie se sentía cobarde, sino más bien excitado por el misterio, por lo que inconscientemente entreveían.

Doris era la que parecía más tranquila. Corría delante de los demás echando una mirada a cada corredor lateral que cruzaba, por si distinguía a algún vigilante.

Divisó a lo lejos el ascensor de la superficie, con la puerta abierta. Aquello era anormal, puesto que cuando no se utilizaban permanecían siempre cerrados.

—¡Venid! Aquí está Marebo. ¡Oh!

Doris apartó la cabeza para no ver más. El cuerpo del infortunado jefe de los vigilantes yacía en el suelo del ascensor, con una profunda herida en el cuello, sin vida.

—Le han atacado desde arriba. Mirad ese boquete.

El ascensor estaba inútil. Parecía que hubiera estallado allí una pequeña bomba o que alguien se hubiera vuelto loco y hubiera destrozado todo a su alrededor.

—El asesino o asesinos han venido por arriba.

—Imposible. Se habrían estrellado y tendríamos su cuerpo aquí también.

—En las presentes circunstancias nada hay imposible hasta que se sepa la verdad. Cuando se descubre deja de ser imposible, puesto que existe.

—¿Qué hacer ahora?

Rarik no vaciló.

—Llegar a la superficie.

—Utilizando los ascensores secundarios, ¿no?

—Exactamente. Tardaremos bastante, pero hemos de saber qué ha sido de los demás vigilantes y qué es lo que ha causado la muerte de Marebo.

—Aguardemos la llegada de Oleg y los demás.

No debían tardar más allá de cinco minutos.

Pasó este tiempo. El reloj marcó dos números más y no apareció nadie. La intranquilidad iba en aumento.

—No nos detengamos más, vayamos en su busca.

Era lo que debían haber hecho desde el principio, pensó Doris, con intuición retrasada. Ahora sería cuestión de darse prisa de nuevo. Subieron afanosamente por la polvorienta escalera en espiral.

—No hay huellas de que en mucho tiempo haya pasado alguien antes que nosotros.

—Puede ser que Oleg no haya encontrado el camino.

—O que haya visto algo que le haya impulsado a subir a la superficie.

En la Profundidad Ochocientos no había rastro del paso de los muchachos. Doris buscaba inquisitivamente hasta…

—Encontré esto.

Un trozo de materia negra. Pertenecía a la esfera que cubría la cabeza. Un poco más allá, el polvo removido indicaba señales de lucha.

—Sigamos. No deben de andar muy lejos.

Doris volvió a tropezar con un objeto extraño.

—Parece un trozo de caucho.

En las Cuevas no era conocido el caucho más que por las muestras de tiempos pasados que existían en los laboratorios. Por tanto… ¡aquel caucho no podía proceder más que del exterior!

Rarik se levantó el casco y lo olió. Parecía algo como el yodo o como las intocables aguas del fiordo.

—Procede del buque hundido. Algo ha arrastrado este material hasta aquí.

El profesor soltó bruscamente el caucho al decir esto. No había pensado en la temible radiactividad. Pero se tranquilizó al comprobar que su «geiger» no registraba nada.

—¡Es asombroso! Algo que ha sido mojado en las aguas del fiordo y que, sin embargo, no está contaminado.

Prosiguieron el penoso ascenso. Debían utilizar las polvorientas escaleras en espiral, ya que parecían ser el medio más seguro. Hasta el momento Marebo y Oleg parecían haber sido sorprendidos en los ascensores, por lo que cabía suponer que los misteriosos enemigos tenían facilidad para desplazarse a través de sus huecos.

Ya faltaba poco para llegar. Debían abrir la puerta de plomo y salir al exterior.

—Salgamos de uno en uno —ordenó el profesor—. YO primero.

Fuera reinaban las más densas tinieblas. Encendieron las lámparas. Sus haces recorrieron la pedregosa superficie, examinaron la tersa llanura líquida del fiordo.

—Es para volverse loco. ¿Qué diablos ha ocurrido?

—Debemos explorarlo todo, profesor. Aguardar hasta el día, si es necesario —indicó Doris.

—Pero no podemos estar aquí, quietos, aguardando —dijo otro de los muchachos—. Doris tiene razón; debemos continuar explorando.

—Somos muy pocos para registrarlo todo. Aun con ocho podíamos haber hecho algo, pero ahora…

—No nos desanimemos. Quizá aún estamos a tiempo de salvar a Oleg, a Jan, a Piert, a Gloverk.

—Bien, pequeños. Sigamos. Apagad las luces, pues con la mía bastará. Vayamos en fila, separados veinticinco metros uno de otro. Yo iré delante.

Si alguien acechaba, atacaría al que llevaba la luz y los demás podrían escapar, pensó Rarik. Comprendía que lo que estaban haciendo era una locura, mas por otra parte no podían regresar sin, por lo menos, saber qué había sido de Oleg y los demás desaparecidos.

Maldijo la cobardía de las gentes que habían quedado abajo e inmediatamente se arrepintió de tal pensamiento. El pueblo Solitario tenía motivos para ser precavido, después de las continuadas desapariciones de la siempre latente atmósfera de terror, de los fracasos para conseguir superar la terrible prisión en que se debatían.

Si por lo menos hubieran sabido que había sido un enemigo y «qué clase de enemigo», hubieran emprendido una lucha. Pero ¿contra qué y para qué iban a luchar?

En manos del profesor Rarik estaba la respuesta a esa pregunta. El «enemigo» estaba ahora cerca. Debían descubrirlo, saber de dónde procedía y las razones de su hostilidad hacia el Pueblo Solitario, que ignorante de su existencia, nada había hecho, aunque hubiera querido, para provocarles. De haber llegado a Sogne Fjord

en son de paz, habría sido inmensa la alegría de las Cuevas al descubrir que no estaban solos en la Tierra. Pero así…

Doris veía avanzar la luz a veinticinco metros de ella. Habían escogido la dirección del Valle de Hokseno, por hacer pocas horas que habían hecho el camino y les era mejor conocido. Doris, en su impaciencia, hubiera preferido que cada uno explorara un lugar diferente, pero se había impuesto la enérgica prudencia de Rarik.

El «geiger» comenzaba a mostrar leves indicios de peligro. Ello era normal, puesto que se aproximaban a la Barrera Incógnita.

—¿Qué diablos…? —comenzó a mascullar repentinamente el profesor.

Doris vio cómo la luz de éste se apagaba al mismo tiempo. Oyó un grito sofocado y varias sombras que se agitaban cerca de ella.

Se tiró al suelo. Su casco chocó duramente con una piedra, pero no se rompió.

—Debo escapar —pensó—. Así lo ha ordenado el profesor.

Se incorporó y comenzó a correr. A los pocos segundos tropezó con alguien.

—¿Eres tú, Paasti? Huyamos…

No era Paasti. Al punto se dio cuenta de que se había equivocado. Lo que tenía ante sí era una especie de monstruo redondo, con una protuberancia también esférica por cabeza, que olía a yodo. Algo que debía de haber salido del Océano contaminado, algo cuyo abrazo sería mortal.

Doris sintió cómo unas manos de hierro la cogían por los hombros. Algo como una ventosa se le pegó a la espalda y la arrastró durante unos metros. Hizo un violento esfuerzo y se desprendió de lo que tiraba de ella, pero las manos continuaban sujetándola firmemente, zarandeándola, obligándola a arrodillarse.

Intentó gritar, pidiendo socorro, pero al instante se mordió la lengua. No debía denunciar con sus gritos la presencia de los demás, no debía implorar ayuda, que no le sería negada, pero que a la postre sería inútil.

Se llevó la mano al cinto, donde tenía una anticuada pistola que podía suplir el arma que le habían arrebatado durante el primer forcejeo. Sentía una emanación fría y viscosa que la envolvía, penetrando incluso a través del grueso material de la esfera.

Tenía ya la pistola en la mano, cuando sintió que le retorcían la

muñeca. No pudo reprimir un alarido de dolor y se desprendió del arma. Pero, apenas ésta llegó al suelo, dio un tirón y se agachó para recogerla. Con rápido gesto apretó el gatillo y roció de balas el cuerpo que tenía ante sí, delante, a los lados, a todo su alrededor. Sentía una inmensa, furia por la brutal agresión; hubiera querido disponer de armas poderosas como las de antaño para aniquilar a todos sus enemigos, vengar a todas las víctimas, a los desaparecidos.

Un puño como una catapulta asestó un golpe contra la esfera y ésta se partió en mil pedazos. Sintió una vaharada helada, que la estremeció de arriba abajo, unos garfios escamosos que le agarrotaban, que la asfixiaban lentamente. Se llevó la mano al cuello, sintió que las fuerzas le faltaban.

Los ojos se le enturbiaron. Le pareció que el universo entero estallaba en una luz roja, blanca… Los garfios escamosos, implacablemente la estrangulaban…

CAPÍTULO V

l vasto Océano estaba desierto.

Si un observador situado en otro planeta, en alguno de los satélites artificiales, de los que aún vagaban inertes por el espacio con su carga de cadáveres, hubiera recorrido con un telescopio la superficie de lo que había sido llamado Océano Atlántico, se hubiera dado cuenta de que en ella no se veía el menor vestigio de vida.

Ninguna nave la cruzaba, ningún ser viviente se agitaba en el limite entre el agua y el aire, allí donde las olas, indiferentes a los seres que antaño intentaran domarlas, se agitaban ora en tempestades, ora en suaves ondulaciones de calma.

Si el observador hubiera dispuesto además del telescopio, de un mapa de los editados en el siglo XX, se hubiera dado cuenta de que las riberas del Océano estaban harto modificadas.

Para que la soledad de los mares fuera completa, ninguna masa

de hielo flotante se desplazaba hacia el sur. Los icebergs habían desaparecido, como asimismo no existía la zona de donde provenían.

Los casquetes polares estaban ahora ocupados por la uniformidad azul y verde de los océanos. En los extremos de la tierra nada alteraba la monotonía de las aguas. Más abajo persistían algunos leves montículos que denotaban viejas y nuevas islas.

El observador, cansado de no hallar signo de vida en la superficie ondulante del océano, pronto hubiera abandonado el telescopio o lo hubiera dirigido a planetas más amenos.

Más, de haber dispuesto de un instrumento óptico capaz de superar la distancia astronómica y además poseyendo la virtud de penetrar en la profundidad de los abismos oceánicos, pronto hubiera desechado la errónea suposición de que no existía vida sobre el globo terrestre.

Su ojo, penetrando a través de cientos de metros de la superficie, hubiera distinguido, por ejemplo, una extraña nave de vivo color, semejante a un pez irisado, que se desplazaba a vertiginosa velocidad hacia el sur. Parecía proceder de las costas escandinavas. Pero no era esto lo que más le hubiera sorprendido sino la rica flora, la abundante fauna que los potentes haces de luz que despedía la nave, descubrían.

Bancos coralinos constelaban el fondo abismal. Miríadas de peces vagaban en todas direcciones. Animalillos extraños, seres cómicos o repelentes, flores de estrambóticas formas, un mundo latente que bullía en las profundidades. Todo ello a partir de una determinada profundidad. Más arriba reinaba la misma soledad que en la superficie del mar. Una faja letal, que los peces respetaban instintivamente.

La extraña nave no recordaba por su forma a ninguna de las de tiempos pretéritos. Parecía más bien una raya gigantesca, con una cola rígida que se deslizaba por el agua como si de un avión se tratara. Lo que podría considerarse su espina dorsal estaba constelada de luces que iluminaban hacia arriba.

Estos rayos tenían la particularidad de que al llegar a la capa radiactiva de las aguas se refractaban. Era de presumir que su misión era, la de señalar los límites del peligro a los que dirigían el rumbo de la nave.

Otros rayos de luz provenían de los costados y trazaban una silueta aproximada de la nave. Otros haces más potentes descubrían el camino por la proa, llegando la potencia del mayor de ellos a un alcance de mil metros.

La nave submarina sorteaba hábilmente los escollos, rodeaba las cordilleras, evolucionaba como lo habría hecho una nave en el espacio o un nadador en aguas menos profundas, ciento cincuenta años atrás. Sus semicirculares alas se inclinaban, ora a derecha, ora a izquierda, según lo requirieran las circunstancias.

En lo que podría considerarse rudimentaria cabeza de la falsa raya sobresalían unas grandes ventanas de material transparente, que en contraste a los blancos haces de luz, aparecían iluminadas de color rojizo.

Si uno de los peces, uno de los millones con que se cruzaba la nave, disponiendo de curiosa mente humana y de mágicos poderes, hubiera traspuesto la gruesa capa de los ventanales y hubiera penetrado en su interior, no se hubiera llevado una sorpresa menos que la del lejano observador planetario.

Hubiera tenido que desechar la errónea suposición de que la especie humana había desaparecido. Porque allí dentro había algo que se le parecía mucho, o que quizá era una nueva raza, más evolucionada. Los seres de la nave submarina permanecían en su mayor parte sentados en unos sillones metálicos, sujetos por cintas metálicas a ellos, abstraídos por completo en las más variadas tareas.

Eran seres de una cabeza deforme. El cerebro, o por lo menos la cavidad ósea que cobijaba las circunvoluciones vitales, parecía terminar en un relativo cono truncado. Algunos de ellos ocultaban la aparente anomalía con su espesa cabellera, cortada de manera a atenuar la alteración de líneas. Sus rasgos faciales, así como el pálido color de su rostro, denotaban claramente su origen europeo o americano, aunque algunos de ellos mostraban la oblicuidad de ojos característica de razas orientales.

Lo que más les diferenciaba de las antiguas razas pobladoras de los continentes era el tórax. Casi carecían de hombros, por lo que los brazos se iniciaban más abajo, presentando por lo tanto la silueta vista de frente un contorno redondeado a partir del cuello. El pecho era prominente como si llevaran sobre él una voluminosa

coraza.

Las extremidades posteriores enfundadas en pantalones ceñidos no presentaban diferencia alguna, salvo que los zapatos parecían estar rematados en membranas retráctiles. Las manos eran finas, de dedos largos y puntiagudos, casi sin uñas.

La nave estaba llena de ellos. Ocupaban cámaras, corredores, depósitos. Apenas hablaban entre si, ni se expresaban, por otra clase de signos. Rígidos en sus sillones, sólo sus ojos de pequeñas pupilas verdes o azules se movían en todas direcciones, como acechando un peligro que en aquella segura máquina de navegación no tenía razón de existir.

Los corredores se cruzaban en todas direcciones, sin escaleras de ninguna clase, en suaves rampas que parecían un prodigio de ingeniería. Apenas se percibía ruido, solamente alguna pequeña vibración, cuando la nave se elevaba o descendía y era sometida a diferentes compresiones.

En la cámara de proa, la que se abría en amplios ventanales al fantasmagórico paisaje revelado bruscamente por los potentes rayos de luz, se alineaban en semicírculos concéntricos unos cincuenta hombres. El comandante de la nave parecía ser el que ocupaba el sillón del centro, abarcándolos a todos, mirando pensativamente unos mapas grabados en cristal fosforescente, que barajaba entre sus finos dedos.

Por tener los rasgos físicos más parecidos a los de las antiguas razas, semejaba más corpulento que los demás, a pesar de no aventajarles en estatura. Sus rasgos, su tez oscura, denotaban claramente haber tenido antepasados de alguna raza mediterránea.

Cuando no miraba a los mapas se distraía contemplando el raudo cruzar de las bandadas de peces, con el paisaje multicolor que descubría la luz de la nave. Miraba hacia, arriba y pronto se cansaba de la monotonía gris de la capa letal, de las aguas contaminadas, indicadas claramente por los rayos refractados.

El primer semicírculo estaba compuesto por cuatro hombres. Llevaban unos trajes ceñidos de vivo color amarillo, que contrastaba con el suave color verdoso del que llevaba su jefe. Cada semicírculo disponía de un color distinto para sus uniformes, que por otra parte estaban igual confeccionados para todos. Llevaban la cabeza descubierta, emergiendo de un collar de goma, igual que el

que sujetaba sus muñecas.

El hombre del uniforme verde y facciones mediterráneas dejó bruscamente sobre su pupitre los fosforescentes mapas y ordenó a uno de los uniformados de rojo que estaba a su lado:

—¡Éste, sur, veintitrés, inclinación trece!

El así conminado levantó una mano, como indicando haber comprendido y estar ejecutando la orden. En los pupitres de la cámara comenzaron a encenderse y apagarse lucecitas de todos los colores. Cada uno tenía el control de un dispositivo de la navegación. De esta manera la nave, más que desplazarse, navegaba como una golondrina en el aire.

—Me haréis malgastar oxígeno, estúpidos oficiales, De vuestra estrecha mente no sale jamás una iniciativa propia. ¿Por qué si no yo soy el cerebro de esta nave y de nuestra nación?

Hablaba un idioma que no aparecía escrito en ninguno de los libros de siglos anteriores. Una complicada mezcla de vocablos eslavos y latinos, en escueta sintaxis que recordaba la manera de hablar de los anglosajones, un idioma que traslucía claramente su origen artificial. El jefe apenas gritaba pero su tono era irritado.

—Que nadie ose objetar que tenéis que obedecer y sólo obedecer, porque os cortaré el oxígeno y otros vendrán a relevaros. Tengo la nave llena de imbéciles como vosotros que me servirían igual. ¿O preferís que os mande una larga temporada a explotar las minas en compañía de los peces-araña?

Los ojos de los hombres que le oían era lo único que denotaba su agitación interior. Signo suficiente para demostrar que no eran seres desprovistos de reflejos anímicos, simples autómatas.

—Si en los primeros días, Abissis sólo hubiera dispuesto de seres como vosotros, no estaríamos navegando apaciblemente tan cerca de la capa letal, ni la habríamos atravesado, ni… ¡dije, inclinación trece, oficial Holdini!

El advertido, sin volver la cabeza, alzó la mano, como había hecho el anterior. Parecía que nadie hacía caso de la voz irritada, pero en los ojos de Holdini, se advirtió un destello de rabia.

—Cuando lleguemos a Abissis, oficial Holdini, tendremos un pequeño examen. ¿Sabe lo que les pasa a los que me hacen repetir advertencias? Ahórrese la respuesta, oficial, no malgaste oxígeno.

El despótico jefe parecía haberse emborrachado al compás de su

irritación con aquel oxígeno que no quería que los demás malgastaran con simples palabras de afirmación o negación. Sus frases fluían con la monotonía del que sabe que nadie ha de replicar.

—No es sólo el oficial Holdini el que habrá de sufrir un pequeño examen, sino alguno más. Los torpes que se metieron demasiado adentro, los que mataron a uno de nuestros inapreciables y futuros esclavos, los que me trajeron demasiadas muestras de un solo sexo y sólo una de la del nunca bastante alabado sexo contrario. Por cierto que… ¿Cómo siguen los prisioneros? ¿Cómo responden a la prueba de compresión? Gaste oxígeno, oficial Parsov, dígame lo que me interesa…

El oficial Parsov que ocupaba el segundo semicírculo de uniforme amarillo, alzó la mano:

—Físicamente resisten bien la prueba. Moralmente están abatidos y apenas hablan. Parece que se dan cuenta de que el oxígeno está racionado. Solamente uno de ellos ha pronunciado unas palabras en su barbara jerga neo —noruega.

—¿Qué ha dicho?

—«Animo, pequeños, por lo menos, vivimos».

—Palabras dignas de una mentalidad de pueblos aptos para la esclavitud. Con todo y eso, creo que es un hombre de cuyo cerebro podremos conseguir cosas provechosas para Abissis, pues, si no me equivoco, pertenece a la clase dirigente de su pueblo. ¿Y la mujer joven, quién es?

—Aún no hemos recibido respuesta de Abissis a nuestra pregunta. Quizá vuestros Brazos aguardan la llegada del «Slavia Imperatrix» para facilitaros personalmente ese informe.

—Ello significaría que la muchacha es un buen bocado para nuestra nación. Oficial Parsov, ordene a un par de siervos secundarios que la traigan a mi presencia. Quiero verla.

Parsov alzó la mano. Con la otra pulsó varios botones que transmitirían órdenes de su jefe a través de la rauda nave submarina. Lejos de allí, cerca de donde comenzaba la larga cola rígida, almacén de la energía motriz una cosa, semejante a una gruesa bola negra comenzó a agitarse al percibir los destellos de las lucecitas. Sus veinte brazos escamosos rematados en ventosa se movían torpemente al desplazarse.

Se le unieron otras bolas negras más, unos erizos de mar, injertados de pulpo que se movieron con lentitud hacia una especie de escotillas. Varias ventosas se aplicaron sobre una de ellas que se abrió lentamente con largo silbido.

La bola se comprimió al pasar por el estrecho tubo de dos metros de longitud que terminaba en una pequeña cámara llena de agujeros simétricos en sus paredes.

Doris lanzó un grito penetrante al ver descender la repelente imagen del terror. También Marebo había visto llegar la Muerte desde arriba.

CAPÍTULO VI



arecía menos irritado cuando se levantó de su mesa y se trasladó a una pequeña cámara, situada inmediatamente detrás de ella. Allí podía ver a través de un cristal a todos sus oficiales de la cámara de mando. Ellos, aunque quisieran, no podrían verlo a él, ya que estaban sujetos a sus sillones, con las cintas que sólo se desprendían en caso de accidente.

Incluso sonrió satisfecho. Al pensar en la prisionera que había visto por unos momentos. A raíz de su captura, sé le había ocurrido una buena idea.

Un buen plan que podría desarrollarse y que culminaría en un acto espectacular y transcendental para el porvenir de Abissis. Desde que Peter, el Segundo Poder Supremo, dictara la Ley de Abissis, había sido fácil para su estirpe gobernar. Había ya llegado el momento en que él, Mikail, Cuarto Poder Supremo de la nación, se preocupara de su hijo Argus, futuro Quinto Poder Supremo.

Claro que su plan debía perfeccionarse a tenor de las

circunstancias que fueran presentándose. Había que contar con la opinión de los Brazos, su fiel guardia, de los Cerebros que resolvían todos sus problemas técnicos. Finalmente debía hacer que las Voces hicieran lo posible para que el pueblo hallara de su máximo agrado todo lo referente a la parte espectacular del asunto.

Pero aún era demasiado pronto para pensar en culminaciones espectaculares, No tenía prisa alguna y podían, por otra parte, esperar los ruines impacientes, que hubieran querido educar al heredero a su modo. En primer lugar tenía que ver a la prisionera.

—¡Oficial Holdini! Averigüe por qué no traen a la prisionera.

—Los siervos secundarios la traen por el corredor que lleva a su cámara. El oficial Arbenye desea saber si sus dos hombres deben regresar a sus puestos una vez entregada la prisionera.

—¡No! Ese asno de Arbenye debe saber de una vez para todas que en el «Slavia Imperatrix» mando yo. ¿Acaso la nave se ha convertido en una republiquita independiente en la que todos los oficiales pretenden tener ideas propias? Los dos Siervos Secundarios se cuidarán de vigilar también a la prisionera en mi cara. Aún no están bien estudiadas las reacciones de esa raza y no quiero sorpresas.

Se detuvo un momento para respirar y añadió:

—Antes de entrar, qué se quiten sus repelentes trajes defensivos. Hay que tranquilizar a la mujer.

Doris miraba sorprendida la rampa por la que iba descendiendo. Aquello le recordaba vagamente el interior de los antiguos submarinos del siglo XX tal como aparecían fotografiados en los libros. Pero también semejaban las galerías de las asépticas clínicas de los días anteriores a la gran hecatombe.

—No comprendo cómo estos monstruos han podido fabricar esto. Deben ser seres inteligentes de otro planeta. Quizá esto es una nave que va ahora a través del espacio.

En su mente ya había forjado toda una teoría. De otro planeta habían venido gentes que a costa de sus vidas habían aprendido que no se podía aterrizar. Habían descubierto que en Sogne Fjord quedaban los últimos ejemplares del planeta terrestre y se los querían llevar uno a uno a su casa, como había hecho Colón en su primer viaje, en prueba de que no mentía. Por eso habían desaparecido con anterioridad muchas de las muchachas que habían

salido a pasear imprudentemente a orillas del fiordo, en contra de los consejos de Marebo.

¡Era tan bello ver el sol!

Eso las había perdido. Ahora le había tocado el turno a ella y quizá al profesor y los compañeros. Pero se estremecía sólo de ver aquellos bichos que la guardaban. No, no podía ser que hubieran sido capaces de fabricar aquella maravilla.

La bola de caucho, en engendro de pulpo y araña, se detuvo e hizo un gesto desmañado, indicándole a Doris que le cedía el paso. Una puerta se abrió y la muchacha quedó asombrada.

Un hombre.

Un ser que tenía muy poco parecido racial con los habitantes de las Cuevas de Sogne Fjord, pero que era un hombre auténtico. De ello no le cabía la menor duda.

Era delgado, aunque no muy alto. Los cabellos plateados demostraban su madurez. Sus ojos verdes, de brillo acerado demostraban, que era alguien acostumbrado a mandar. Su traje, que pertenecía a un pueblo de civilización más avanzada que la de Doris.

—Miedo, no, muchacha. Daño, no te haremos.

Se expresaba en el idioma del Pueblo con alguna dificultad, pero con claro acento.

Las bolas de goma y tentáculos escamosos entraron tras de ella. Ella con los ojos desorbitados asistió a una asombrosa transformación. Las bolas parecieron abrirse como una granada y de su interior emergieron dos sujetos, vestidos con trajes parecidos a los del hombre que le había hablado, con la única diferencia del color que en el hombre de cabellos plateados era de suave verde y la de los otros azul oscuro.

Los dos falsos monstruos se sentaron en el suelo, cruzando, las piernas y permanecieron en un ángulo de la pequeña estancia, en actitud respetuosa.

—No comprendo, señor, no comprendo nada… —Los ojos de Doris descubrieron en aquel instante el gran cristal, la cámara de mando y todo lo que la luz iluminaba más allá. —¡Estamos debajo del mar! Tal como aparece fotografiado en los libros.

—Eres huésped del «Slavia Imperatrix», muchacha. Estás bajo mi protección, bajo la protección del Cuarto Poder Supremo, Mikail,

comandante de la nave submarina y dueño de Abissis.

La frase le había salido bastante bien en neo-noruego. Quizá no era la primera vez que la pronunciaba a manera de presentación.

—No sé de que me está hablando, señor Mikail. Primero había creído que esto era una nave del espacio, ocupado por repugnantes seres de otro planeta. Veo que no estamos solos en la Tierra.

—Vuestra bárbara raza es la única que aún se arrastra en la tierra. Abissis nada tiene que ver con vosotros más que en su origen.

A Doris la cabeza le daba vueltas. Recordaba claramente cómo había sido víctima de un ataque en medio de la oscuridad. Perdió el sentido y hacía unas horas se había despertado en una extraña celda sin muebles. Los monstruos la vigilaban desde arriba. La habían sacado, encogida por el miedo cerval de la cámara de descompresión.

Luego había venido una sucesión de sorpresas en pocos minutos. Las ramas brillantemente iluminadas, el descubrimiento del primer ser humano que no habita las cuevas, la transformación de los tan temidos monstruos, la comprobación de que estaba bajo el mar hasta entonces intocable, contaminado.

Volvió a mirar el paisaje de peces incontables, de corales de color alegre y las plantas de formas inconcebibles. Miró a Mikail, miró a los dos seres de hombros caídos y su cabeza comenzó a girar.

Se le doblaron las rodillas. Sintió la frente que le ardía y todo se borró ante su vista.

Mikail evitó que cayera al suelo. La dejó cuidadosamente sentada en uno de los sillones y abrió un conmutador. Un silbido indicó que había aumentado la concentración de oxígeno.

Doris recobró él conocimiento.

—El choque de las emociones, muchacha. Pero esto no es más que empezar. ¿No imaginabas que pudieran haber sobrevivido otros hombres en el planeta?

Mikail no aguardó la respuesta. Se le había ocurrido que podía haber otras causas para que la chica flaqueara.

—Tienes hambre.

Ella se ruborizó asintiendo con la cabeza.

—Todas decían lo mismo. No me extraña que vuestra raza se extinga. Quizá sea mejor para nosotros.

Ella comprendió que se hallaba ante un ser cruel, un hombre

que cínicamente demostraba su desprecio para los demás.

—¿Todas? ¿Dónde están? Las dimos por muertas.

—Algunas lo están. No pudieron resistir la prueba.

—¿Y mi hermana? —preguntó Doris temblorosamente—. Annelie Lefors.

—No recuerdo. El Cuarto Poder Supremo no se ocupa de los detalles y mucho menos de las esclavas.

¡Esclavas! Y ella que había creído que se las había con una raza de civilización superior. ¡Annelie esclava! Ella también lo sería pronto.

—No comprendo ese regreso a la barbarie, señor Mikail. ¿Para qué quieren esclavas? ¿No poseen un dominio de la técnica para prescindir de tal denigrante práctica social?

—Las máquinas no pueden suplir la supervivencia y el futuro de Abissis. Pero tú no sufrirás esa suerte. Te reservo un destino mejor. De momento ya te he concedido el honor de ser mi huésped.

—Preferiría volver a las Cuevas. Ni yo ni todos los que habéis capturado querrían estar un minuto en vuestro Abissis.

—¿Ni ese curioso que se llama Rarik?

—¿El profesor? Es un hombre demasiado honrado para entretenerse en divagaciones científicas mientras sus compañeros sufren una suerte humillante.

—Hablas como una ignorante, muchacha. Tú no sabes lo que es Abissis ni quién es el Cuarto Poder Supremo. Tú crees que tus compañeras están arrastrando piedras bajo el látigo de feroces cómitres. No, ellas gozan de un alto honor, de muchos honores, salvo el de ser consideradas ciudadanas de Abissis. Por eso se las llama esclavas.

—¿Qué haréis de Rarik y de mis compañeros?

—Aun no lo sé. Es la primera vez que hago prisioneros. Desde luego los consideraremos Siervos Terceros.

—No entiendo nada. Para mi que la radiactividad del mar os ha vuelto locos, locos de remate.

—No es necesario que entiendas, ahora. Pero ya he decidido tu suerte. Antes de que anuncie públicamente cuál va a ser, deberás aprender muchas cosas. Deberás saber qué es Abissis, comprender correctamente nuestra lengua, habituarte artificialmente a nuestra vida. La Ley de Abissis ha fijado un plazo. Tú puedes ser la mujer

que fije el destino de nuestra nación.

Mikail se volvió de espaldas y miró a los hombres que formaban semicírculos, indiferentes a lo que ocurría tras de ellos. Hizo un vago gesto con la mano como si golpeara el cristal con suavidad.

—¡Oficial Holdini! Venga aquí.

Uno de aquellos seres autómatas alzó la mano, Indicando haber oído la orden.

CAPÍTULO VII


l submarino había quedado en la más completa oscuridad. Solamente una débil luz encarnada iluminaba la cámara de mando.

El «Slavia Imperatrix» se deslizaba por una tenebrosa concavidad a una velocidad reducidísima. En una de las cámaras superiores de las que hasta hacía poco hablan emergido los haces refractarios de la espina dorsal.

Doris contemplaba a través de unas pequeñas ventanas el tenebroso corredor por el que se deslizaban gigantescas sombras asustadas. A su lado estaba Holdini.

—¿No podré hablar con el profesor Rarik? ¿Con Oleg por lo menos?

—Están vivos, pero no podrá hablar con ellos hasta que lleguemos a Abissis. Ya falta poco.

Holdini se expresaba perfectamente en neonoruego. Había aprendido el idioma de Doris de labios de una prisionera y ahora

debía él enseñar el de Abissis a ella.

—¿Por qué se han apagado las luces?

—Estamos en el Gran Camino que nos llevará directamente a la ciudad de Abissis. Un camino harto peligroso, pero el Primer Poder Supremo dejó ordenado que sólo se utilizara éste.

La gigantesca raya de metal se mecía a un lado y otro para que sus alerones no sufrieran daño al chocar con las rocas de los lados. El Gran Camino era afortunadamente lo bastante recto para que la cola estabilizadora no fuera ningún estorbo a la marcha del «Slavia Imperatrix».

¿Qué vendría luego?

Anticipándose a la pregunta, Holdini explicó:

—El Gran Corredor termina en la más amplia caverna existente en el Atlántico. En tiempos de la catástrofe nuclear, a fines del siglo XX se formó en este lugar, sobre nuestras cabezas una nueva isla, hueca. El primer Poder Supremo fundó Abissis en ella, logrando de esta manera el comienzo de la Era Anfibia.

Caverna, isla, Era Anfibia. Doris sentía la impresión de que estaba en un planeta remoto, donde las cosas más absurdas eran las normales y la normal era lo absurdo.

—A cada nueva explicación quedó más confundida, Holdini.

—Todo lo de Abissis es un misterio para los del Pueblo Solitario. Por eso se os llama raza bárbara, porque no comprendéis nada.

—Creía que uno de los signos de barbarie era la ausencia total de la galantería para las mujeres.

—Para los oficiales de Mikail, Poder Supremo de Abissis no existe la galantería. Las mujeres deben obedecer y no aspirar a tontas admiraciones.

—Un hombre puede ser admirado por su heroísmo, por su inteligencia o por otra virtud. La mujer también…

—Por su belleza, por ejemplo. ¿No era eso lo que quería añadir, Doris?

—¿Por qué no? Mi hermana Annelie era una de las mujeres más bellas del Pueblo Solitario. Era muy admirada y respetada. Estoy segura de que vosotros no os habréis dignado ni siquiera mirarla.

—¿La esclava Annelie Lefors? —El rostro de Holdini se distendió en una sonrisa—. Me parece que se equivoca Doris.

—¡Vive! ¡Dios mió, vive!

—No se puede quejar. Quizá te autoricen a vivir con ella mientras el Poder Supremo, Mikail decide acerca de tu futuro.

—Mi futuro. Convertirme en una esclava más.

—No debes dar a ese nombre el sentido de tiempos antiguos. Nuestra nación está dividida en numerosas categorías. Una de ellas es la de los siervos, otra es la de los esclavos. Pero ni la servidumbre ni la esclavitud presuponen propiedad individual de nadie, sino servicio a la Ley de Abissis, a nuestra nación.

—Una manera cínica de expresarse, Holdini.

—Un ser no es jamás libre. El alma es esclava del cuerpo, el cuerpo lo es de las necesidades, éstas lo son de quienes poseen los medios de subvenirlas. En nuestra nación de los abismos marinos sólo hay un dueño de estos medios y es el Poder Supremo, en la persona de su cuarto representante, Mikail. Pero cada uno de esos elementos puede ser independiente de los otros, es decir, que las necesidades pueden estar supeditadas a Mikail, pero no el alma que sólo pertenece a su dueño.

—A Dios. ¿No tenéis religión?

—Mikail obedece la Ley de Abissis. En ella no se habla de religión. No se persigue a quien hace profesión de una fe, sin embargo.

—Pero parece ser que predomina el vulgar materialismo. ¡Y aún os atrevéis a calificarnos de razas bárbaras!

—No te excites, pequeña.

—¿También usted? ¿Por qué me tutea? No soy tan pequeña.

—No pretendo inmiscuirme en tus sentimientos. Pero tengo que cumplir una orden y explicarte todo lo que me preguntes.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—Eres un autómata, Holdini. Un hombre sin alma, indiferente a todo. A la belleza, al amor…

—¿Sabes tú acaso lo que es el amor?

—En el Pueblo Solitario nos amamos como se amaba en los siglos, antes de que la Humanidad se suicidara. Romántico se llamaba antes.

—Eso no es contestar a mi pregunta, Doris. Hablas del amor, como si hubieras tenido varios pretendientes. Y eres pequeña aún.

—Tengo dieciocho años. No he tenido ni admiradores ni

pretendientes. Pero imagino perfectamente lo que siente una mujer o un hombre enamorados. No se puede ser indiferente entonces. Por ella, creo, Holdini, que no sois capaces de amar, porque no sois capaces, tampoco, de sentir la belleza, porque sois indiferentes, porque sois materialistas, en fin.

Holdini no respondió. Su sonrisa se había transformado en un gesto de tristeza. Las palabras de Doris parecían haber penetrado a través de la dura corteza de hombre forjado en el cruel servicio del Poder Supremo de Abissis.

En aquel momento la nave se detuvo. Una difusa claridad comenzó a penetrar a través de las ventanas. El túnel se ensanchaba en todas direcciones. Se experimentaba un ligero dolor en los oídos, síntoma de que se acercaban al nivel de las aguas.

Doris se aproximó más, curiosa, hacía la ventana, para no perderse detalle de la fabulosa Abissis. No decrecía el rico panorama de las profundidades marinas. Bandadas de pececillos evolucionaban graciosamente en medio de una flora, simétricamente colocada, obra de los habitantes de más arriba.

De repente, Doris retrocedió asustada. En la parte de fuera había visto un rostro humano. Durante unos segundos sus ojos permanecieron fijos en los de ella. Luego el rostro desapareció.

—No te asustes. Es un vigilante. Verás muchos más.

Aparecieron cinco más. Iban vestidos como los tripulantes del «Slavia Imperatrix». Miraban pasar la nave con indiferencia.

—No se ahogan. No llevan nada para respirar. Incluso abren la boca. No son buceadores…

—No necesitan equipo de inmersión como en las primeras décadas. Nadan libremente a profundidades inconcebibles para los antiguos.

—Como peces… anfibios…

A Doris la cabeza volvía a darle vueltas.

—Sí. Hace mucho tiempo que comenzó la Era Anfibia. Todos los nacidos desde entonces estamos capacitados para nadar sin necesidad de equipo de respiración.

* * *

Media ciudad estaba sobre el nivel de las aguas del gigantesco

lago marino subterráneo. La otra mitad se hundía a centenares de metros en las profundidades saladas.

Abajo vivían los jóvenes de todas las castas y los siervos. Arriba estaba el palacio del Cuarto Poder Supremo, las mansiones de los Brazos, de los Cerebros, de la oficialidad.

Holdini dejó a la muchacha en una casa que semejaba a las de las Cuevas. Estaba agujereada en la roca, llena de iluminadas estancias. Dos hombres de azul oscuro, rígidos como autómatas, vigilaban la entrada.

—Aquí podrás hablar con tus amigos. Dentro de unas horas vendré a recogerte para llevarte a la casa en que habitarás hasta el día de la decisión de Mikail.

—¿Por qué te vas? Mikail dijo que estabas a mis órdenes, que no me dejases ni un momento.

—Tengo que visitar a los otros oficiales. Dar cuenta del viaje…

Holdini mentía. No quería que la muchacha se sintiera cohibida por su presencia ante sus amigos los prisioneros, cuando trajeran a su hermana.

—Hasta luego, Doris.

—Adiós, Holdini.

Vio cómo se alejaba entre la multitud que se había apiñado ante la mansión de los prisioneros, llena de curiosidad como las multitudes de todos los tiempos. Doris se dio cuenta de que Holdini era más apuesto que los demás. Apenas tenía los hombros redondeados, y andaba con paso marcial que nada tenía ya de autómata. No era el hombre que había alzado la mano en los semicírculos del «Slavia Imperatrix» como una pieza más de la nave. Hizo un vago gesto como iniciando un suspiro y penetró en el interior.

—¡Gracias a Dios. Doris! Temíamos por ti. Creíamos que te separarían de nosotros…

Allí estaban Aleg, Jan Hofson, el profesor Rarik, Gloverk, Piert, Mass. Estaban casi todos los vigilantes de la Profundidad Novecientos. Todos con aire de derrotados, pero contentos de volverla a ver.

—¡Malditos bichos! —rezongó el profesor—. ¿Por qué no podían haber venido en son de paz? Nada les habíamos hecho.

—Cálmese, profesor. Por ahora nos tratan como huéspedes.

—Están manchados con la sangre de Marebo. Si hubieran llamado a la puerta del Pueblo Solitario les hubiera hecho un recibimiento triunfal.

—No podemos juzgarles hasta que sepamos el misterio de su origen. Toda su vida habrá sido una lucha contra los elementos para construir esto. Quizá están escarmentados por algo que debió ocurrirles.

—No los defiendas, Doris. Me hago cargo de que como mujer te habrán tratado con más miramientos. Por algo tenían preferencia por vosotras cuando secuestraban a las que podían.

—Su mentalidad comienza a cambiar. Ahora ya tienen también hombres prisioneros.

—Querrán una emigración forzada para infundir nuevo vigor a esa decrépita raza de hombres caídos.

—¿Cómo les han tratado a bordo?

—Nos almacenaron en una reducida cámara. De vez en cuando sentíamos la impresión de que nos comprimían, otras de que nos saturaban de oxigeno y helio, de repente nos descomprimían. Una verdadera incomodidad. Así todo el viaje. De vez en cuando esos tipos de las bolas de goma nos descolgaban unos alimentos comprimidos que sabían a yodo y algas.

Doris no pudo reprimir una sonrisa al recordar el susto de los «engendros de pulpo y araña». Una vez despojados de sus vestimentas de protección, eran como langostas sin su coraza y antenas, seres inermes ante la radiactividad.

—También a mí me dieron esos alimentos, profesor Rarik. Dice que son las únicas raciones a bordo, pero que aquí tendremos una comida más variada.

—¿Dice? ¿Quién?

—Holdini, el oficial encargado de mi custodia. El propio Mikail habló conmigo en nuestro idioma…

—¡Asombroso! Estos tipos hablando en neonoruego. Por lo visto llevan mucho tiempo estudiándonos con tiento. Creí que eran mudos, pues a los prisioneros no nos dirigieron la palabra en todo el viaje. ¿Y dices que asignaron un ordenanza?

—No lo llames así delante de él. Es un oficial de uniforme amarillo. Su categoría es sólo inferior a la de los Brazos.

—Estás más enterada que nosotros de todo lo que aquí ocurre.

Nadie nos ha explicado nada y menos mal que hemos podido ver el asombroso espectáculo de la nave por fuera, y las calles desde el amarradero hasta aquí. No tenemos en Sogne Fjord cavernas tan grandes como ésta. ¿Es esto también un fiordo?

—Me temo que estamos a miles de kilómetros de nuestra patria. En mitad del Océano.

—¡Imposible! Todo el Océano tiene que estar contaminado.

—Hemos estado navegando a Centenares de metros de profundidad. He visto muchos signos de vida. Peces de todas clases, flora submarina. La radiactividad sólo cubre una pequeña franja de la superficie, doscientos o trescientos metros.

—¿Cómo diablos pudieron sobrevivir estos tipos en 1995? Porque en aquella época, que yo sepa, no existía ninguna ciudad submarina y además los buceadores no pasaban de los doscientos metros. Además, el maremoto los hubiera barrido a todos, como estuvo a punto de hacerlo con nuestros antepasados de las Cuevas.

—Ése es un misterio que espero aclarar pronto. ¿No sabéis que mi hermana Annelie está aquí?

—Lo suponíamos. Como deben estar todas las que fueron secuestradas. ¿Y para qué las habrán secuestrado?

Oleg comentó:

—El profesor debe estar a sus anchas aquí. Podrá hacer miles de preguntas, se sentirá un poco Colón al descubrir un Nuevo Mundo.

—¡Cállate, Oleg! Somos prisioneros, no descubridores.

—Se conforma demasiado pronto a esa condición, profesor —saltó Jan Hofson—. Si no nos dejan pronto en libertad, estoy dispuesto a cualquier barbaridad para conseguirla.

—Es bastante difícil —dijo Doris—. Esta caverna es un hueco en el interior de una isla del Océano.

La superficie externa de ésta está contaminada. Sólo se puede salir hundiéndose en las aguas del lago y a través de un túnel submarino, hasta alcanzar el mar libre, pero…

—… la superficie de éste, también está contaminada. Estamos en una ratonera.

—Sólo hay un medio de salir. A bordo del «Slavia Imperatrix».

—Lo cual quiere decir que estamos condenados a permanecer eternamente aquí.

—A menos que nos ganemos la voluntad de los jerifaltes.

Podemos convencerles de que somos gente pacífica y que sólo deseamos vivir en nuestras cuevas. Que podemos aunar nuestros esfuerzos a los de ellos para barrer la radiactividad de la tierra, iniciar una nueva era en la humanidad, libres ya del temor que nos hace permanecer encerrados, sea bajo el mar o sea bajo la tierra.

—Son demasiado belicosos para atender a razones. Tienen su plan trazado para con nuestra «bárbara raza». Trasladarla entera aquí para que seamos sus esclavos.

—Si tuviéramos unas cuantas armas…

—Nos las arrebataron.

Los vigilantes de la entrada dejaron paso a una mujer. Llevaba una amplia túnica blanca, que recordaba las vestimentas de la antigua Grecia. Llevaba el cabello rubio más corto que el de los varones, pero Doris la reconoció enseguida.

—¡Annelie!

Se fundieron las dos hermanas en un estrecho abrazo. Doris no podía contener sus lágrimas. La había considerado muerta, desaparecida para siempre. Ahora estaban juntas. No estaban menos conmovidos los que contemplaban la escena, pensando en el dolor de sus familias cuando los echaran de menos, allá en el Sogne Fjord.

Annelie comenzó a relatar su aventura.

* * *

Ver el radiante círculo del Sol en los días en que éste lucía majestuosamente sobre el fiordo, era una necesidad para los pálidos hijos de las Cuevas. Nadie podía evitar el impulso que les llevaba a salir a la superficie, sentarse en las laderas de los valles cercanos y dejar pasar las horas bañándose en sus benéficos rayos.

Aquel día habían subido varias amigas, Annelie entre ellas, hacía el mediodía. Se habían sentado lejos de las aguas, en un lugar en que no se distinguía apenas la superficie del fiordo.

—De repente, fuimos sorprendidas por los monstruos. El terror nos paralizó, sentimos perder el conocimiento y al despertarnos nos hallamos a bordo del submarino.

Habían hecho la misma travesía que Dorft y sus amigos. Pero no habían descubierto que los «monstruos» eran sólo hombres equipados contra la radiactividad hasta que desembarcaron en

Abissis.

—Fuimos llevadas a esta casa. Durante varios días nos sometieron a una extraña alimentación. Dijeron que nuestra sangre llevaba empobrecida varias generaciones y que debíamos ser fuertes para nuestro futuro destino.

No salían de su estado permanente de somnolencia que les invadiera en las cámaras de compresión y descompresión. A alguna se le ocurrió que eran como víctimas a las que estaban engordando para el día del sacrificio. Ello aumentó su terror.

—Cuando finalmente desapareció nuestra somnolencia, nuestros guardianes dijeron que ya estábamos aclimatadas para la vida en la parte superior de Abissis y que debíamos comenzar la segunda parte de nuestro adiestramiento. Nos dieron un equipo de inmersión, muy parecido a los que habréis visto fotografiados en los libros del siglo XX. Los depósitos son mucho más pequeños, sin embargo, contienen una mezcla de gases comprimidos que permite sumergirse por espacio, incluso de dos o tres semanas.

Tenían un miedo cerval a mojarse en las aguas saladas. Habían sido enseñadas desde pequeñas que las aguas del mar estaban contaminadas y no podían evitar la repulsión de sentir el contacto del agua de penetrante olor salino con sus carnes.

—Transcurrieron agotadoras jornadas para nosotras. Cada vez teníamos que sumergirnos más al fondo, seguidas por una caterva de gentes de Abissis, hombres y mujeres, que nadaban sin aparato de ninguna clase, como si en vez de pulmones poseyeran branquias. Se nos vigilaba estrechamente para que nadie cometiese la locura de intentar escapar por el corredor de salida.

Había unas algas carnívoras de impresionante tamaño. Los de Abissis podrían haberlas cortado pero las dejaban crecer para infundir respeto a los que imaginaran fácil la escapatoria.

—Finalmente podíamos nadar igual que los de Abissis, sumergidos hasta las regiones desiertas del fondo, emerger sin ninguna molestia a la misma velocidad que los rápidos tiburones, Pero siempre con el equipo a cuestas.

A partir de entonces eran libres… dentro de la ciudad. Eran Esclavas y podían mezclarse con los seres de su misma casta o con la de los Siervos. Pero en un plazo de dos años debían elegir esposo entre los oficiales. Si no lo hacían, así, serían enviadas a las minas

submarinas.

—Comprendimos entonces para que habíamos sido secuestradas. Desde las remotas épocas de la fundacíón de Abissis, el problema vital había sido la escasez de mujeres que aseguraran la supervivencia de la nación. Las duras condiciones de la vida en aquellos tiempos habían reducido la población de manera catastrófica.

Doris se estremeció. También a ella le reservaban tal porvenir de esclavitud. Podía escoger libremente a su esposo, sería respetada como mujer de un oficial, pero jamás volvería a Sogne Fjord. No era así como entendía el amor.

El profesor Rarik arriesgó la pregunta que tenía en la mente desde que Annelie comenzara su narración.

—Pero a nosotros no pueden destinarnos a maridos de las escasas nativas de Abissis. ¿Qué será de nosotros?

Ella vaciló antes de dar la respuesta.

—Os enviaran a las minas submarinas. Hay escasez de condenados y se precisan urgentemente materiales para la construcción de una nueva nave submarina, más poderosa que la «Slavia Imperatrix».

CAPÍTULO VIII



ikail ha convocado reunión de Brazos y Oficiales.

—Acudiré —contestó presto Holdini.

De vez en cuando el Cuarto Poder Supremo exponía sus planes a las dos castas. La primera, los Brazos del Cuarto Poder Supremo, eran los guardianes de Abissis, los encargados de cumplir las órdenes de Mikail, una especie de ministros ejecutivos. Sus rivales, los Cerebros, eran el Estado Mayor, que desarrollaba científicamente las ideas del jefe, los que controlaban las minas y las fábricas de la vasta ciudad semisubmarina. Los oficiales eran el selecto ejército que, ayudado por los siervos secundarios, acompañaba a Mikail en todos sus viajes, su guardia fiel.

Parsov había ido a llevar la noticia, la orden mejor dicho. Holdini desconfiaba de Parsov. Lo sabía ciegamente adicto a todas las estupideces que emergieran de la mente del jefe de Abissis. Sabía que Parsov ansiaba ascender a la categoría de Brazo, quizá a

la de Cerebro. Parsov siempre decía sí a Mikail. Parsov se había hecho gran amigo de Argus, el hijo de Mikail.

Holdini era un oficial fiel, pero aborrecía ser considerado un autómata. Aborrecía embarcar en el «Slavia Imperatrix» para vulgares tareas de pirata normando. ¿Qué necesidad tenían de presentarse por las malas en aquel apartado fiordo?

Cuando Mikail convocaba una reunión debían darse prisa. Holdini estaba en aquel momento enseñando a Doris a sumergirse a los quinientos metros.

—No comprendo cómo os arregláis para nadar sin equipo.

Holdini sonrió. Así fue sorprendido por Parsov que desde la orilla le hizo señas para que se acercara. Parsov le miraba hoscamente, como si no le gustara nada que un oficial sonriera.

Volvió nadando suavemente hacia Doris.

—Tengo que dejarte. Mikail nos llama.

—Adiós, Holdini.

Ninguna de las mujeres de Abissis, ninguna de las prisioneras, sabía dar a su voz aquellos matices de dulzura y energía a la vez, pensó Holdini. Doris era una muchacha deliciosa. Ella había aprendido fácilmente el idioma de la ciudad marina, aunque algunas veces mezclaba en las frases palabras en neo-noruego.

—Adiós, Doris.

* * *

Mikail gustaba de lo aparatoso. En su palacio había mandado construir una especie de sala del trono en la que él ocupaba el lugar predominante, en el centro de una serie de semicírculos, al igual que en el «Slavia Imperatrix». A diferencia de la nave, sus oyentes estaban frente a él y el segundo círculo solo estaba ocupado por Argus, su hijo.

Éste se sentaba en un sillón giratorio y frecuentemente se volvía a mirar al auditorio. Cuando hallaba un rostro conocido sonreía, mas por lo general su gesto era despectivo. Su rostro era el fiel reflejo de la estupidez ensoberbecida.

Los primeros círculos, al igual que el jefe de Abissis iban vestidos con trajes que rehuían toda uniformidad. Vestimentas pomposas, llenas de adornos, flanqueadas por lo general por las

extrañas armas de Abissis colgadas del cinto, como los oficiales. Parecían tener la forma de ballestas medievales, mas no cabía duda de que sus proyectiles eran de microscópica carga nuclear.

Los más extensos semicírculos eran los ocupados por la oficialidad. A medida que iban ocupando sus puestos iban desahogando el largo silencio del viaje con limitada verborrea. Unos a otros cambiaban impresiones, se comentaban las novedades del regreso y semejaban escolares el día en que el maestro se ha puesto enfermo.

De repente cesaron todas las conversaciones.

—¡El Cuarto Poder Supremo!

Nadie se levantó. Todos debían quedar quietos en actitud rígida en sus respectivos asientos. El protocolo de Abissis era una extraña mezcla de nuevo y antiguo.

Mikail jugaba con un vaso labrado que uno de los buceadores había hallado cerca de las costas del Mediterráneo. Pensaba en lo extraño que resultaba que la frágil vasija hubiera permanecido incólume en medio de la universal catástrofe de fines del siglo XX.

En la gran sala reinaba hondo silencio. Todos aguardaban que Mikail terminara con sus profundos pensamientos acerca del por qué no se había roto el vaso.

El Cuarto Poder Supremo miró durante unos momentos a su hijo, hizo un gesto como desaprobando que llevaba dos ballestas en lugar de una como le había ordenado hacía unos días y paseó su mirada entre su fiel concurrencia.

—Veo que no falta nadie, excepto Narev, mi fiel segundo a bordo del «Slavia Imperatrix». Sabéis que mi preciosa nave no puede quedar ni un momento desamparada. Es nuestra única probabilidad de supervivencia. Mientras podamos salir de Abissis en busca de esclavos, nuestra nación no desaparecerá.

Calló unos momentos, meditando las palabras que debían seguir.

—¿Sabéis por qué os he mandado llamar? No, no lo sabéis, ni vuestros cerebros pueden imaginarlo. Podría prescindir del hecho que vuestros oídos escucharan mis palabras, pero la ley es tajante. Mi bisabuelo dejó escrito que toda determinación que afectara al futuro de Abissis debía ser comunicada a cierto número de personas, mediante un ceremonial que me veo obligado a cumplir, aunque vosotros ya lo sabéis de memoria. En primer lugar, Argus os

explicará la razón de la ley. Levántate, futuro Quinto Poder Supremo y comunica a brazos y oficiales el origen de nuestra Ley.

Argus comenzó a hablar con monótono acento. Consultaba con frecuencia un libro de tapas de oro que había abierto ostentosamente delante de él.

—Eurasia fue nuestra cuna. Paliwsky el hombre que, yendo más allá de las decisiones de los que gobernaban el vasto país terrestre, preparó secretamente Una gran nave que eludiría todo riesgo si la gran hecatombe se consumaba. Paliwsky simulando haber descubierto un sumergible que daría la victoria a la Eurasia en guerra consiguió ayuda de los gobernantes y adiestró una nutrida tripulación de hombres selectos, de mujeres jóvenes y valientes. Ése fue el origen del pueblo que habita Abissis. Paliwsky quería asegurar la supervivencia de un reducido núcleo de la Humanidad. Sabía que el loco que ocupara el poder en el último momento encendería la llamarada final.

»Su nave consiguió hundirse a una profundidad a la que jamás el ser humano había llegado. Hombres entrenados bucearon buscando grutas submarinas que ofrecían protección contra la inminente radiactividad. No las hallaron.

»Ésa fue su salvación. El tremendo crujido que conmovió una gruesa corteza terrestre deshizo materialmente el fondo en que reposaban. La nave se agitó de un lado a otro como una pelota, pero resistió impávida.

»La nave volvió a reposar al fondo, del que no se elevó jamás. Estaba muy cerca de la mortal capa de la superficie y los planes de Paliwsky comenzaron a ponerse en práctica. En primer lugar había que buscar alimentos, en segundo hallar el medio de producir aire respirable cuando se agotaran las reservas de la nave.

»Provistos de equipos respiratorios, los buceadores no desmayaban en su labor. Vastas regiones del Océano fueron exploradas. Muchos perecieron. Finalmente se abandonó la tarea.

»Habían transcurrido muchos años. Dentro de la nave, germen de Abissis, Paliwsky había conseguido asegurar la transformación del agua del mar en un oxígeno pobre que bastaba para sobrevivir. Habían nacido algunos niños, pero eran más los que habían perecido en las exploraciones. Urgía hallar algo para salir del atasco.

»Paliwsky falleció aplastado por una gruesa piedra que intentaba apartar para explotar el túnel que había tras de ella. Entonces ocupó el mando el Primer Poder Supremo, cuyo nombre ignorado se haría merecedor de los más grandes homenajes. Fue el padre de Peter, el autor de la Ley de Abissis y fundador de la nación. El Primer descubrió el medio de que nadáramos sin equipo, libres como los peces.

»Gracias a ello pudimos dominar los abismos oceánicos. No quedó ni un solo palmo por recorrer y al morir el Primer pudo indicar a Peter el sitio en que habíamos de morir en adelante.

Mikail interrumpió a Argus.

—Has explicado el origen. Da cuenta de los puntos fundamentales de la Ley.

—Para asegurar la supervivencia de Abissis, todo debe obedecer al Poder Supremo que se transmite por ley natural de padres a hijos o nietos. Los recién nacidos serán capacitados para nadar libremente, los extranjeros jamás deberán poseer el secreto. La creación de castas fundamenta la disciplina rigurosa. Todo el que falle a la ley será llevado a las minas o condenado a morir.

—Basta con lo que llevas dicho, Argus. ¿Alguien tiene algún reparo que oponer a la Ley de Abissis?

Era una pregunta formularia, como lo era también no responder.

—Bien. Ahora debo hablar yo. Creo que ha llegado el momento en que Argus elija esposa.

El aludido fue el primer asombrado. Se volvió hacia su padre, como pidiendo una aclaración. No tenía prisa en asegurar la supervivencia de los poderes supremos de Abissis.

—Argus ha elegido ya esposa.

Mayor sorpresa si cabe. Pero esta vez el asombro era general. Todos los presentes no pudieron evitar que éste se reflejara en sus rostros salvo Holdini. Éste hizo un gesto sombrío.

—Como es natural, ella es extranjera. Una de las prisioneras capturadas en los últimos tiempos. Se llama Doris. El oficial Holdini se ha encargado hasta ahora de su custodia. Levántese Holdini.

Todas las miradas convergieron sobre el oficial.

—Dé cuenta de su misión.

—La prisionera ha aprendido nuestro idioma perfectamente. Sabe sumergirse hasta la profundidad permitida, sin mella de su

resistencia física, conoce la historia y la Ley de Abissis. Tal como ordenó Mikail, Cuarto Poder Supremo, no conoce el destino para el que se le prepara.

—Será una grata sorpresa para ella, saber que mi hijo se ha dignado elegirla para esposa.

Holdini no contestó. Sabía que su obligación era hacer un corto panegírico de la sabia decisión de Argus, pero calló.

—¿No lo crees así, Holdini?

Holdini tuvo un brusco arranque.

—Con todos los respetos debidos a su augusta jerarquía, expongo que no lo creo así.

El rostro de Mikail se volvió púrpura.

—¿Por qué… dices… que no, Holdini?

—Ya es hora de que se le diga la verdad y no lo que engañosamente quiere usted mismo hacerse creer, como así todos los que le rodean. Ninguna prisionera aceptó nunca de buen grado su suerte. El simple mote de esclavas es una tremenda barbaridad, con la que se les humilla y nada se gana.

—Necesitamos esas prisioneras, bien lo sabéis. La mortalidad entre nuestras mujeres es muy elevada y debemos asegurar el futuro de nuestro país.

—El futuro de nuestro país será el de la humanidad entera, no el que cerradamente dictara el Segundo Poder Supremo en su rígida Ley. ¿Por qué debemos permanecer escondidos eternamente en las entrañas del mar? ¿Por qué salimos solamente a atacar a un pueblo hermano que nada nos ha hacho por otra parte y que sólo busca confundirse con nosotros para, aunados, hallar el medio de hacer habitable de nuevo la superficie de la Tierra? No…

Parsov se levantó enfurecido y señaló con el dedo a Holdini.

—¡Traidor!

Un oficial que se sentaba a su lado le hizo sentar.

—¡Cállate y déjale hablar! Eso es muy interesante…

—Me las pagarás, Arbenye.

—No hagas ese gesto hipócrita. Te has levantado para que Mikail y Argus se dieran cuenta de que eres su primer adicto.

Holdini hablaba con voz firme, sin miedo. Había dirigido una mirada de agradecimiento a Arbenye, porque era el único que parecía estar a su favor, y prosiguió:

—No traiciono Abissis si digo que él único medio real de asegurar la supervivencia de sus habitantes es la de unirse con el Pueblo Solitario.

—¡Bah! Ese pueblo bárbaro de las cuevas… —murmuró Argus.

—No es una raza de bárbaros. Son más pobres que nosotros, nada más. Si dispusieran de los medios que tenemos nosotros, estoy seguro de que ya habrían limpiado el planeta de radiactividad. Nosotros egoístamente nos encomiemos aquí y no hacemos nada electivo por el futuro de la Humanidad. Ellos tienen su moral más elevada que la nuestra. Pasan hambre, es cierto, pero todos sufren por igual, sin castas, sin regresiones a sistemas ya olvidados, como nosotros. Tienen una filosofía y un entusiasmo del que carecemos nosotros, tienen fe religiosa, respeto mutuo…

Mikail se repantigó en su sillón cómodamente, aparentando indiferencia, y dijo:

—Veo que te has dejado embaucar por la prisionera. No debí haberte nombrado su preceptor.

—Ella no ha hecho más que explicarme cómo es su pueblo. He hecho comparaciones, como cualquiera puede hacerlas fácilmente y he sacado la única conclusión de que nuestro sistema de vida es desagradable y que ha permanecido estancado durante muchísimos, demasiados, años.

—Debes ser el único en Abissis que ha pretendido sacar conclusiones por su cuenta.

—Como Cuarto Poder Supremo tiene medios de saber si soy o no el único que ha exprimido su cerebro para intentar saber lo que está bien y lo que está mal.

—¿Quieres decir por lo tanto que todos los que están aquí a tu lado son unos tontos rematados?

—Unos tontos avispados, si vale la paradoja. No ven más allá de sus sórdidos intereses…

—Ya has hablado bastante, Holdini. ¿Sabes a lo que te has expuesto por decir lo que has dicho?

—Lo sé.

Era tal el silencio, que se podía oír claramente el jadear de Mikail. Su rostro congestionado parecía el resumen de los odios que iban a concitarse contra el que había osado rebelarse. Y el Cuarto Poder Supremo estalló:

—La ley es implacable contra los traidores, Aguardarás la muerte en las minas, en la cámara de las fieras. Todos los esclavos y condenados serán testigos de tu horrendo fín. ¡Oficial Parsov, hágase cargo del traidor!

CAPÍTULO IX

uando el grupo del profesor Rarik ingresó en las minas fue objeto de la más viva curiosidad por parte de los que allí estaban condenados a servir perpetuamente. Eran los primeros seres nacidos fuera de Abissis que franqueaban las puertas de aquel reino del esfuerzo y de la angustia.

Muchos eran los que habían visto a las prisioneras en la ciudad, pero nadie había visto jamás a un hombre de otra raza. Mikail sólo había ordenado la captura de mujeres, pero al parecer ahora había cambiado de opinión.

Los siervos secundarios se alejaron, tras de haber entregado a los prisioneros en el cuerpo de guardia, uno de los accesos principales a las minas.

El oficial Berey, que en aquellos momentos cuidaba de la vigilancia en la vasta prisión submarina, hizo una mueca que podía interpretarse como sonrisa de satisfacción. Iba a hablarles, cuando se dio cuenta de que no podrían entenderle, equipados como

estaban con los dispositivos de inmersión, que no podían quitarse ni para dormir.

Les llevó a una de las galerías inmediatas y por señas les indicó que conectaran determinados cables a unos dispositivos situados debajo del protector de oídos. Berey empuñó lo que parecía una especie de micrófono y les dijo, aproximándoselo a la boca:

—No crean que les vamos a dar órdenes por este medio. Habrán de aprender el lenguaje de las señas lo más rápidamente posible, ya que en las galerías el trabajo es lo suficiente sencillo para que no haya necesidad de largas explicaciones.

Rarik aprovechó la oportunidad para preguntar:

—¿Siempre hemos de estar dentro del agua? Acabamos de salir del «Slavia Imperatrix» y no estamos hechos para estar humedeciéndonos hasta el fin de nuestros días.

—Se os dará el trabajo de iniciar nuevas galerías en los lugares todavía inexplorados. Cuando hayáis abierto los boquetes de entrada, salida y vaciamiento cuidaréis de extraer el mineral.

—¿Entonces podremos respirar aire sin necesidad de equipo portátil?

—Parece que me haya entendido, extranjero. Dichas galerías serán vaciadas de agua para una mejor explotación. Podéis hacer las ramificaciones necesarias hasta que se agote el filón. Mientras permanezcáis en ellas no tendréis que llevar a cuestas el equipo.

—Ya nos imaginábamos nadando hasta convertirnos en un tipo anfibio como usted. ¿Cómo se las arregla para poder respirar en el agua?

—Eso no les importa. Y no se moleste en preguntárselo a los demás esclavos, porque Mikail ordenó la muerte para el que revelara un secreto de la Ley a extranjeros.

—Gente muy expeditiva son ustedes. Procuraremos portarnos como chicos bien educados. Trabajar comer y callar.

—Y respirar artificialmente —saltó Oleg.

—Soy el jefe de las minas y no toleraré desacatos. Recuerden que tenemos sólo una pena para toda clase de faltas: la cámara de las fieras.

—¿Qué es eso? —preguntó Jan Hofson, quien como todos los del Pueblo Solitario jamás había visto más bichos que los que aparecían grabados en los libros—. ¿Tienen tigres, leones, panteras…?

—En Abissis sólo viven las fieras del mar. Tenemos unos tiburones a quienes apetece la carne de esclavo, sobre todo si está bien cebado. Por ello los condenados pasan unos días contemplando a quienes han de ser sus verdugos.

No pudieron evitar un estremecimiento de terror. Como había dicho Rarik, en las minas eran muy expeditivos. Para cuidar de imponer la disciplina estaban los oficiales de las minas, los siervos secundarios, los propios esclavos, que se vigilaban unos a otros para no verse convertidos en huéspedes de la terrible cámara.

—Casi no hay necesidad de instalar barreras que aíslen las minas de las ciudades de Abissis. El prisionero que se aleje será fácilmente capturado, y además no hay mejor barrera que el saludable miedo. ¿No es verdad, extranjeros, que jamás caeréis en la tentación de desobedecer lo que os ordenen?

Todos callaron. Berey colgó el micrófono e hizo una seña indicando que le imitaran. El oficial nadó con lentitud, empuñando con una mano el arma extraña.

Los prisioneros nadaban adentrándose en las galerías ya explotadas y vueltas a inundar. Berey les mostró cómo se trabajaba en la explotación del mineral en las galerías, en que se respiraba un aíre asombrosamente puro, fabricado por extrañas e invisibles máquinas.

—Quizá el verdadero poder de Abissis está en manos de los hombres que cuidan que no falte aire respirable —murmuró para sus adentros Rarik.

No podía expresar sus pensamientos en voz alta, porque todos hubieran convergido sus miradas en él. En las grutas submarinas reinaba el mismo silencio que en los abismos en que moraban los más extraños monstruos de aletas viscosas y antenas auditivas. Sólo algún murmullo, una orden, una queja, alteraba de vez en cuando el hondo silencio que pesaba como una losa sobre los condenados.

—Aquí dormiréis. Se os dará alimento suficiente a horas fijas, por las rondas de siervos secundarios.

—Sopa de pescado, seguramente —comentó burlón Jan Hofson.

Berey hizo una mueca de desagrado y lanzó una especie de silbido, que tuvo la virtud de hacer aparecer a uno de los guardianes, que por lo escondido, apenas habían tenido ocasión de ver los nuevos prisioneros.

—Siervo secundario Alund, éstos son los prisioneros que añadirás a tu grupo de esclavos. ¿Cuántos tienes ahora?

—Con éstos serán ciento veintiocho.

—Aún faltan doce para tener el grupo completo. Siempre andas mal de gente, Alund.

—Es un trabajo peligroso y en los últimos tiempos he perdido bastantes. Pero los oficiales han de tener en cuenta que los esclavos de mi grupo son en su mayoría condenados merecedores de duros castigos, gentes que jamás han de regresar a las ciudades, porque serían un peligro para Abissis.

—Mientras no pierdas más allá del porcentaje señalado para los trabajos especiales, no te será formado juicio en el cuerpo de guardia, Alund. ¿Habéis alcanzado la veta de ferro-cromio?

—La roca que horadamos es dura como el diamante. Los esclavos caen extenuados antes de terminar la jornada que tienen establecida.

—Aliméntalos mejor. El Cuarto Poder Supremo tiene un interés especial en aumentar nuestras reservas de ferro-cromio. El nuevo sumergible ha de estar construido a prueba de choques.

* * *

—Bien, pequeños. Nuestro futuro no se presenta nada prometedor.

El profesor Rarik se había sentado sobre el montón de algas secas que le servía de lecho. Su rostro aparecía bastante transformado, ya que Alund le había obligado a afeitarse su barba. No se había resistido a la orden, porque le era un estorbo en el buceo. Incluso en una ocasión un pececillo se le había enredado en ella, a manera de red. Las sonrisas burlonas de sus compañeros le habían decidido a suprimir de una vez aquel adorno capilar, por otra parte muy frecuente entre los ciudadanos del pueblo Solitario.

Rarik ya no era el hombre que semejaba un viejo apóstol. Afeitado, había recuperado los años. El duro trabajo había fortificado sus músculos y la extraña alimentación de los esclavos —pastas misteriosas compuestas de alimentos extraídos de la capa en que moraban las más ricas especies de la botánica marina—, lo habían engordado discretamente, dándole en su conjunto un

aspecto mucho más atlético del que tenía anteriormente.

Incluso su carácter había cambiado. Transportado a un mundo que no era el suyo, llevado a una condición humillante, no había perdido la fe en que podría recuperar la libertad por sus propios medios. Cada día se sentía más identificado con sus discípulos, y ahora que estaban unidos en una desgracia común, se reafirmaba en el hecho de que era un compañero más de los «pequeños», y que sólo tenía un ascendiente moral sobre ellos, porque ellos así lo querían.

Era más optimista que antes. Por lo menos había descubierto ya lo principal. Es decir, que había otros seres poblando la esfera terrestre. Pero había que hacer algo, pensar algo.

—Esta gente lo tiene todo perfectamente organizado. Se puede escapar de las minas, pero no se puede escapar de Abissis. La Capa Mortal permanece incólume sobre la superficie de las aguas. Pero un día u otro daremos con el medio de arreglar las cosas, pequeños.

—Dentro de lo desgraciado de nuestra situación —contestó Oleg Mars— no podemos quejarnos. Siempre se aprende algo. Lo único que siento es no saber nada de ella.

Ella era Doris. Sin la agradable compañía de la muchacha se sentían más aislados aún de su pueblo. Si pudieran verla, aunque fuera de vez en cuanto, su sola sonrisa mitigaría la pena de la esclavitud.

—Algunas veces he preguntado —dijo el profesor— a guardianes y oficiales. No saben o aparentan no saber nada de ella.

Sonó repentinamente la vibración que indicaba que los prisioneros debían regresar a las galerías de trabajo después de haber recuperado fuerzas. Todos se levantaron y se colocaron en un santiamén el equipo de inmersión. Uno tras otro fueron sumergiéndose bajo la límpida superficie del agua al final de las galerías de reposo.

Solamente quedó fuera, el profesor Rarik. Tenía que ir en busca de cargas explosivas, que quizá serían precisas para dar remate a la tarea que se les había encomendado. Los guardianes no tenían reparo en facilitárselas si con ello se adelantaba en más horas la explotación de una mina.

Nadó con rapidez en sentido opuesto al que llegaban sus muchachos. No tardó en hallarse en el cuerpo de guardia.

—Tendrás que aguardar, esclavo Rarik. Hemos pedido las cargas al depósito de la ciudad.

—Entonces volveré más tarde. Quizá podamos arreglárnoslas sin ellas.

—No te muevas. Mientras esperas, puedes arreglar los vibráfonos. Debe de haber uno que no funciona. Los esclavos del grupo del siervo secundario Emarov se han retrasado en su tarea por culpa de ello.

Rarik aceptaba, toda clase de encargos. Su afán de aprender no tenía límites. Cuanto más supiera, más medios conocería de poder escapar.

Bajo la vigilancia de un oficial se dispuso a recorrer toda la instalación básica, palpaba los cables, tensaba alguno de vez en cuando y comprobaba su funcionamiento.

Llevaba bastante tiempo trabajando cuando percibió a su espalda una agitación de las aguas. Uno de los vibráfonos sonaba, advirtiendo que se acercaban oficiales.

Se volvió. Los oficiales de la guardia se apartaban para dejar paso a un grupo de siervos secundarios que arrastraban una especie de parihuelas flotantes, en la que estaba amarrado un hombre.

Estaba boca abajo y no se movía. Por las ropas parecía un oficial y se veía a las claras que para atarlo habían tenido que luchar con él, ya que la causa evidente de que estuviera sin sentido era la herida que tenía en la cabeza, herida que iba dejando una estela negruzca en la límpida agua.

Percibía el débil sonido de las palabras de los hombres de Abissis al hablar entre sí.

—Lo llevan a la cámara de fieras. El Cuarto Poder Supremo ha dictado su condena.

Rarik se acercó disimuladamente, fingiendo hallarse abstraído en su labor.

—¿Por qué?

—Ha traicionado. Creo que a causa de una extranjera.

—¿Quién es? Veo que es un oficial…

Al profesor se le había despertado repentinamente una tremenda curiosidad. Una extranjera… Todos los extranjeros que vivían en Abissis pertenecían, debían pertenecer forzosamente al Pueblo Solitario.

Hizo un tremendo esfuerzo de atención para entender el nombre del oficial apresado. Sí. Ahora ya no le cabía duda. Debía regresar cuanto antes con sus muchachos.

Oleg Mars apalancó la gruesa piedra, llena de vegetación de un intenso color verde, empujó con todas sus fuerzas y la hizo rodar por el precipicio marino.

La piedra cayó lentamente. Iba dejando tras sí pequeños corpúsculos, como la estela de un buque blanca espuma.

—Ya tenemos una galería nueva para explotar —pensó.

Era un trabajo fatigoso, pero no se podía comparar con el mismo esfuerzo, hecho en las galerías de mineral de Sogne Fjord. Los hombres parecían volar en el fluido, entre aquella fantasmagórica sucesión de luces y oscuras galerías.

Hizo una señal a Pietr, que nadaba a su lado, para que comenzase a taponar la abertura. Pietr llevaba una balsa cargada de simétricas piedras que debía ir apilando con cuidado. Otro esclavo aplicaría a continuación cemento instantáneo por medio de un complicado aparato y la abertura que había despejado Oleg quedaría taponada. Cerrando la otra entrada y sacando el agua con bombas, la galería quedaba lista para disponer de su mineral.

Los esclavos extranjeros se distinguían fácilmente porque eran los únicos que llevaban equipo de inmersión. Los guardianes se distinguían por sus trajes de un color que se confundía fácilmente con el del agua. De esta manera los esclavos no estaban jamás seguros de si la vigilancia se había abandonado o no.

En aquel momento no había, al parecer, ningún vigilante por las proximidades. El profesor Rarik sacó una especie de pizarra que llevaba escondida en su traje de goma y escribió:

«El prisionero de la cámara de fieras es Holdini».

Buceó hasta donde estaba Oleg y le mostró lo escrito. Éste hizo un gesto, encogiéndose de hombros, que indicaba que no sabía quién era Holdini.

«Era el guardián de Doris. Convendría hablar con él».

Oleg hizo un gesto demostrando haber comprendido.

Era el nadador más rápido de los muchachos de Rarik. Se había ganado la confianza de los que dirigían la explotación de las minas y le habían encomendado tareas en las que debía estar sumergiéndose y saliendo a la superficie continuamente.

—Veré si puedo acercarme a ese Holdini —pensó—. Lo malo son los tiburones.

La cámara de fieras era un lugar por el que se hacía desfilar diariamente a todos los esclavos, para que supieran la suerte que les esperaba si remoloneaban en su trabajo. Consistía en una reducida piscina pululante de tiburones, a los que se les hacía pasar hambre unos días antes de echarles una víctima.

La celda de los condenados se hallaba en el centro de la piscina, en una especie de torrecilla, sólo accesible en su parte superior por una especie de pasarela metálica que habitualmente permanecía replegada hacía la orilla, para evitar que nadie se acercara al prisionero. A su lado un guardián vigilaba de continuo.

¿Cómo acercarse a Holdini? Oleg era un chico ingenioso y además poseía buena memoria. Recordaba haber leído en los libros algo acerca de las tretas de los primeros hombres que se enfrentaron con los tiburones.

—Hace muy pocas horas que el prisionero está aquí —pensó—. Por lo tanto los tiburones no tendrán hambre, y además esta mañana se les habrá alimentado abundantemente.

Pensó que, si se presentaba con cualquier escusa en el almacén de materiales, podría dar con algún ingrediente que repeliera el olfato de los bichos. Pero ello equivaldría a perder un tiempo dando largas explicaciones sobre el empleo que pensaba dar al potingue. Además, costaría bastante desprenderse de la grasa, aplicada sobre el traje de goma protector del frío.

—Utilizaré el método más sencillo. Quiera Dios que no tengan ya el apetito despierto los animalitos.

Cogió una barra de hierro y sé sumergió por un sitio desde el que no pudiera verle el guardián de la escalerilla.

Apenas había descendido unos cuantos metros, se sintió rodeado de varios escualos que daban amenazadoras vueltas a su alrededor. Uno de ellos se acercó.

Oleg agitó casi en sus propias fauces la barra de hierro, el bicho

dio una voltereta y se alejó al otro lado de la piscina. Los demás se mantuvieron a respetable distancia.

—No tienen hambre, pero son curiosos. O quizá imaginaron que por esta vez la víctima se les ofrecía voluntariamente. Aunque, de tener hambre voraz, de nada hubieran valido cachiporras ni aspavientos.

Nadó con rapidez y a los pocos minutos se halló ante el enrejado de la torrecilla. Sentado en el suelo se hallaba un hombre con uniforme de oficial, mirando indiferente las evoluciones de los escualos cerca de la superficie.

—Señor Holdini…

La voz de Oleg era apenas audible. Pero el oficial se volvió con rapidez.

—No haga nada que denuncie mi presencia aquí, por favor. Soy amigo de Doris.

Holdini no pareció sorprenderse.

—Imaginaba que haríais ésa loca. Doris me dijo que os gustaba arriesgaros demasiado. Os agradezco vuestro interés, muchachos, pero no podéis hacer nada por mí y, si os sorprenden, os mandarán a hacerme compañía.

—Supongo que usted sentirá también simpatía por ella.

—¿Simpatía nada más? Ahora que ya nada me importa, puedo decirlo. Estoy enamorado de ella. Díselo si tienes la fortuna de verla.

—Me dijo el profesor que usted había sido su guardián en estos tiempos. Ello habrá hecho sospechar a Rarik de que la causa de que esté aquí, quizá esté relacionada con ella.

—En parte sí. Pero un día u otro tenía que estallar. Cuando supe que la destinaban a ese asqueroso de Argus, hablé claro a la pandilla de aduladores. Y se me olvidó advertirles que ellos están faltando a la Ley no dejando elegir a Doris el esposo que más le guste.

—Eso es repugnante. Hay que hacer algo por Doris. Y por usted, por supuesto.

—No podéis hacer nada. Estáis tan encerrados como yo. ¿No pretenderéis apoderaros de Abissis?

—¿Por qué no? Si nadie lo ha intentado jamás, sería una sorpresa que cogería desprevenido a Mikail y sus secuaces.

—Estás loco, muchacho. No tenéis armas.

—También podemos hacer otra cosa. Escapar de aquí, junto con todos los que quieran venir.

—Escapar, ¿cómo, nadando?

—Es muy fácil. Costará menos apoderarse del «Slavia Imperatrix» que de toda la ciudad.

Holdini quedó por unos instantes pensativo.

—Mikail dijo que el único oficial que está ahora en el submarino es Narev. Solamente estarán los siervos secundarios de su grupo. Habitualmente, cuando estamos en Abissis, no hay muchos oficiales a bordo. Pero de aquí al embarcadero hay dos kilómetros por lo menos y las salidas están muy vigiladas.

—Hace mucho más de dos mil años, alguien escribió una frase así como: «La victoria sólo sonríe a los osados». ¿Qué podemos perder? A mí, personalmente no me gusta nada Abissis, y no se ofenda, señor, pero el país natal siempre le atrae a uno más que el extranjero. A Rarik le gustaría pasarse una buena temporada estudiando esto, pero no en plan de apalancado de rocas y buceador forzoso. En cuanto a Pietr Mas, Jan Hofson y los demás amigos, lo que desean como yo es algo que altere la monotonía de unas jornadas sin sol.

—Muchachos, haced lo que queráis, pero no me pidáis que os de ninguna información que pueda poner en peligro a los de Abissis o a mis compañeros del «Slavia Imperatrix». Aunque me hayan acusado de traidor, no lo soy, ni lo seré.

—No pedimos que traicione a nadie. Sólo le pido que salve la vida, uniéndose a nosotros. Usted no ponga la mano sobre nadie y limítese a defenderse. Lo demás lo haremos nosotros.

Un ligero chirrido hizo agazaparse inmediatamente a Oleg.

—¡Maldita sea! Están tendiendo la escalerilla. El guardián debe de haber sospechado algo.

El hombre se acercaba cautelosamente a examinar la celda. Miró a través del enrejado y vio a Holdini tranquilamente sentado en el suelo. Iba a volverse a su sitio cuando sintió que le agarraban fuertemente por las piernas.

No se asustó al caer al agua, porque los de Abissis carecían del temor a morir ahogados por el simple hecho de que eso no les podía ocurrir jamás. Pero sí quedó aterrorizado al ver el fiero gesto de

Oleg, y acordarse súbitamente de que la piscina estaba dedicada única y exclusivamente a los tiburones.

Se sintió agarrado por el cuello y la cabeza de Oleg emergió a su lado.

—Tengo ganas de ofrecer un bocado a los pobres animales. Me han dicho que la ración de hoy ha sido escasa.

—No seas loco. Te morderán a ti también.

—Cuando no lo han hecho es porque tendrán miedo del equipo que llevo a cuestas. ¿No se te ha ocurrido?

—¡Es… es… cier… to! ¡Ah! ¡Ahí viene uno!

—Su gesto hosco quiere decir que tiene hambre. Sumerjámonos.

—No, no, ¡espera!

—Tengo prisa. Esos bichos me dan lástima. Pero como tú también me la das, creo que podríamos llegar a una transacción. Devuelve la libertad al prisionero…

—No… no… Me someterán a terribles suplicios cuando se enteren los oficiales. Casi prefiero ser devorado por los tiburones.

—Como quieras.

Oleg le obligó a zambullirse. El guardián agitó aterrorizado las llaves al ver acercarse a los escualos.

—Vente con nosotros y te esconderemos —concedió magnánimo Oleg, mientras el tembloroso siervo secundario abría la celda.

Holdini estaba asombrado de la rapidez con que el muchacho extranjero se había salido con la suya.

—Gracias, muchacho. Quizá algún día pueda, pagarte este favor.

—No, algún día no. Hoy mismo.

—¿Cómo?

—Afortunadamente no le han despojado del distintivo de oficial. Vamos a libertar a mis compañeros de las minas.

—Pero los oficiales de allí no querrán obedecer mis órdenes, si eso es lo que pretendes. Desearán una orden directa de los Brazos o del propio Mikail.

—En este momento los oficiales están jugando en su cámara. Solamente hay siervos secundarios en misión de vigilancia. Ésos sí le obedecerán. Vámonos, por favor.

Naturalmente no pasaron por delante de la cámara, Oleg conocía el medio de entrar y salir de las minas por otros sitios. Cuando llegaron al sitio en que estaba el profesor Rarik, los guardianes

creyeron que Holdini había pasado por el lugar en que estaban los oficiales de la mina y no dudaron de sus palabras.

—Todos los prisioneros extranjeros han de ser llevados a presencia de Mikail.

Sonaban de una manera rara sus palabras pronunciadas dentro del agua y apenas podían ser percibidas por Oleg y Rarik. Pero los guardianes las comprendieron fácilmente.

—Ordená a los extranjeros —prosiguió Holdini— que se dirijan hacia la salida. Yo iré tras ellos y vuestros oficiales me facilitarán una escolta para conducirlos ante el Cuarto Poder Supremo.

Oleg guiñaba los ojos tras sus gafas, advirtiendo a sus compañeros de que todo formaba parte de un plan en el que cada cual debería de representar correctamente su papel.

Todos comenzaron a nadar en la dirección que se les había ordenado, pero apenas se habían perdido de vista los guardianes, cuando se agruparon alrededor de Oleg y Holdini.

El primero les indicó por señas que debían seguirle y salir de las minas por una de las galerías aún no cerradas. Cuando estuvieran en la superficie, a la vista de Abissis, les explicaría.

No se dieron cuenta de que alguien estaba acechando la extraña reunión de esclavos. Era uno de los camuflados guardianes de las galerías, que iba a dar la alarma a los demás, cuando se contuvo. Había visto al oficial y quedó sorprendido.

Nadaron velozmente hacia la superficie. La impaciencia les vedaba guardar los descansos de descompresión. Afortunadamente nada les ocurrió.

—¿Se puede saber qué diablos te traes con todo esto? —interpeló Han Hofson.

—Tenemos la mejor oportunidad para regresar a nuestro hogar. No podía explicaros nada hasta que pudiera abrir la boca, por supuesto. Pero celebro que todos me hayáis entendido tan bien como yo comprendí al profesor Rarik. ¿No es así?

—Yo no te pedía que fueras tan lejos, pequeño. Mi intención era saber de Doris.

—Pues aún no sé nada de ella. Más no tardaremos en satisfacer su curiosidad. Si no me fallan los cálculos, quizá no todos los oficiales y habitantes de Abissis están enterados de la condena de Holdini. Así que, señor Holdini —dijo Oleg dirigiéndose a éste—: le

quedaríamos muy reconocidos si fuera a buscar a Doris.

—¿Para qué?

—Sáquelas de Abissis, saque todas las secuestradas que pueda y que voluntariamente quieran venir y tráiganoslas al «Slavia Imperatrix».

Holdini debió abrir una boca de palmo, porque Oleg se vio obligado a aclarar:

—Si me ve tranquilamente acodado en el quicio de la puerta de entrada del submarino, puede subir tranquilamente. Si no estoy allí, que Dios se apiade de nuestra alma.

—Os acompañaré. No conocéis la nave. Narev os cogerá fácilmente.

—Cada uno ha de representar su papel. A usted le corresponde el asunto de las muchachas. Es el único que tiene probabilidades de andar por Abissis sin llamar la atención. Nosotros seríamos reconocidos fácilmente.

—¿Dijiste el único? —terció Jan Hofson—. Entonces, ¿quién diablos es ese tipo con uniforme de guardián? No lo he visto nunca en las cuevas.

—¡Es verdad! Un pobre hombre que no tiene otro remedio que acompañarnos.

—Ese hombre aún puede ayudarnos más —dijo Holdini.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Tengo un amigo, el oficial Arbenye, que estaría en grave peligro si consigo escapar. Hay que avisarlo. El guardián se encargará de ello.

—¿No aprovechará la ocasión para denunciarnos? —dijo Rarik.

—No hará tal cosa, porque su cabeza sería la primera en caer. Ya he dicho que no tiene más remedio que venir con nosotros. Él era el responsable de que la futura víctima de los tiburones se mantuviera en forma.

—Bien, de acuerdo —dijo Holdini—. Ese guardián irá a advertir a Arbenye de que debe reunirse conmigo en la casa de las extranjeras. Hasta luego, muchachos y… buena suerte.

Oleg, vio la vertiginosa rapidez con que Holdini y su acompañante se deslizaban entre dos aguas en dirección a la ciudad. Dio un suspiro y dijo:

—Me gustaría saber cómo se las arreglan para respirar debajo

del agua. Lo he probado infinidad de veces, pero inútilmente. Está visto que no hemos nacido para eso…

—Nacido… quizá el secreto esté en esa palabra —dijo pensativo el profesor Rarik—. ¿Por qué no le preguntaste a él?

—No es eso lo que debe preocupamos. —Jan Hofson estaba nervioso—, sino el medio de que se va a valer nuestro «mariscal» Oleg para desarrollar su estupendo plan.

Oleg se rascaba pensativo la cabeza.

—Yo creo… que podemos probar. Pero, en primer lugar, lo que debemos hacer, ¡eureka!, como dicen que decía Arquímedes, dentro del agua, igual que nosotros, ¡ya di con ello! En primer lugar debemos acercarnos pacíficamente al submarino y…

CAPÍTULO X



arev era un hombre duro de mollera, rigurosamente fiel a Mikail y orgulloso de que por vez primera estuviera encargado de la custodia del «Slavia Imperatrix». Se paseaba por la vacía cámara de mando, examinando con detenimiento los sillones en semicírculo, por si los encargados de revisar las instalaciones en puerto habían olvidado reparar algún desperfecto. El mecanismo de la gigantesca nave era demasiado complicado para dejar nada a la improvisación y un pequeño accidente podía originar una catástrofe.

La energía nuclear estaba ya lo suficientemente estudiada para no tener una avería en los conductores, pero había otras cosas que aún no se habían estudiado con calma, cosas que podían originar sorpresas.

Todos los tripulantes estaban en el interior. Solamente había dejado un centinela en la puerta de acceso. Por fuera, con la sabia organización de seguridad de Abissis, no cabía temer ningún

peligro. Dentro convenía disponer del máximo de vigilantes de los cuadros de máquinas para advertir cualquier anomalía.

Dentro de unas horas regresarían algunos de los que habían acudido a la reunión convocada por Mikail. ¿Qué habría dicho el Cuarto Poder Supremo?

Ardía en deseos de saberlo. Quizá habría pronunciado una palabra elogiosa para él, humilde oficial Narev. Por lo menos Parsov estaba seguro de que Mikail no olvidaría a los hombres fieles.

Se sentó en uno de los sillones del primer semi-círculo. Quizá algún día él navegaría sentado allí, sintiendo la inmediata presencia de Mikail. Ahora estaba en el Tercer Semicírculo…

Oyó repiquetear bruscamente la señal de alarma interior. Casi al mismo tiempo se apagaron las luces en seco. Un siervo secundario acudió, jadeante.

—Ha ocurrido un accidente, señor. En el punto de comienzo de la línea estabilizadora… No sé qué puede haber pasado. Apenas ha habido ruido que delatara la inminencia del accidente…

—¿Qué clase de accidente? Alguien acabará en la cámara de fieras.

—Una pequeña explosión y las luces se han apagado. No comprendo…

—Vamos allá.

Aquello había ocurrido muy cerca de los depósitos de energía nuclear. Un descuido más y toda la nave se hubiera desintegrado. Convenía cerrar los compartimentos estancos antirradiactivos.

Los siervos secundarios estaban aterrorizados. Era el primer accidente que ocurría a bordo y todos aguardaban temblorosos la ira de sus superiores.

—¿Qué hacéis parados, estúpidos? ¡Poned en marcha los generadores de reserva!

Desgraciadamente los generadores estaban más allá del lugar interceptado por la explosión y hasta que no se disipase el humo era mejor andarse con tiento.

Bien había hecho su trabajo el profesor Rarik. En las Cuevas era el mejor técnico, el hombre que iba a la cabeza de descubrimientos y redescubrimientos. El que más libros había descifrado.

—¿No se le ocurre nada, profesor? Éste es el momento más

crítico. Tenemos que desorientar a los ocupantes del submarino.

El grupo se hallaba bajo la panza de la nave. No podían hacer nada que dañase su estructura, nada que impidiera la libre navegación hacia la libertad. Pero había que hacer algo.

Repasaron todo el casco. Descubrieron unas pequeñas ventanas.

—La palanca… —indicó por señas.

Oleg forzó una de ellas. El profesor a duras penas logró colarse por allí.

El agua entró a borbotones, expulsando una gran burbuja de aire hacia la superficie.

En el pequeño camarote había un amasijo de cables. Conductores, pensó. ¿Y si…?

Fue sencillo establecer un corto circuito. Una violenta sacudida expulsó del camarote, medio atontado al profesor.

—Listo, muchachos. Arriba.

* * *

Las rampas estaban oscuras Apenas llegaba por las ventanas una débil claridad procedente de la ciudad.

—Dejemos los equipos cerca de la salida. Servirán para ocultar al centinela.

Lo habían sorprendido mientras miraba inquieto hacia el interior, preguntándose qué habría ocurrido para que todos corrieron tras el oficial Narev. En un santiamén lo habían maniatado.

—Creo que será mejor llevarlos puestos —dijo alguien—, por si tenemos que saltar al agua.

—Mejor será que ya no salgamos de aquí —dijo severamente Oleg— hasta llegar al fiordo… o de manera que no necesitaremos ni equipos ni siquiera los pulmones con que nacimos. ¿Me entendéis?

—Comprendemos —intervino Jan Hofson—. Sencillamente, hemos de apoderarnos de este artefacto y ponerlo en marcha.

—Exactamente. Cuando llegue Holdini y su séquito, podremos, largamos.

Iban tanteando materialmente las paredes avanzando cada vez más hacia el interior. Buscaba un ruido, una luz que les revelara el objetivo.

—¡Ahí! Atontadlo solamente.

Uno de los siervos secundarios salía tambaleante. Jan Hofson se le echó encima y lo derribó de un puñetazo en la barbilla.

—Ponte su uniforme. Hagamos igual con todos los que encontremos solitarios.

Reinaba tanta confusión a bordo, puesto que Narev solo no podía imponer orden, que resultaba fácil deambular por las oscuras rampas y poner fuera de combate a los más distraídos. En poco tiempo todos dispusieron de sus uniformes de goma.

Parecía providencial que en aquel momento se encendieran las luces. Ahora ya podían pasar fácilmente desapercibidos, por lo menos hasta el momento en que alguien descubriera al centinela.

—¡Vaya imprudencia! —murmuró el profesor al oído de Oleg. —Desde fuera alguien puede sospechar lo que ocurre al ver que no hay centinela. Además, Holdini no subirá hasta que te vea a ti en la puerta.

—Es cierto. Pero aún no puedo moverme de aquí. Narev sigue en libertad y mientras no lo tengamos a él no tendremos el «Slavia Imperatrix». Creo que habremos de producir otro apagón. Esta gente, a pesar de estar acostumbrada a las tinieblas del fondo marino, a bordo se desorientan cuando se quedan sin luz.

—Señal de que debe ser el primer accidente que sufren.

—Un segundo producirá el mismo efecto. ¿Por qué no retrocede, profesor, hacia la cámara de mandos y nos prepara algo más espectacular?

Pasó muy cerca de ellos, el rostro congestionado por el furor, un hombre con uniforme de oficial. Era Narev que interpelaba a todo el que se le ponía delante.

—¡Imbécil! ¿Tú tampoco sabes nada?

Los compañeros de Rarik se mantenían a prudente distancia. Oleg murmuró con voz apenas audible:

—Marchaos todos hacia la proa. La mitad de vosotros ayudad al profesor en la cámara de mandos. Los otros aguardadme en la salida. No tardaré en venir, siempre y cuando Rarik se deprisa.

Oleg no perdía de vista a Narev. Sus amigos se escabulleron por las rampas.

El oficial abría y cerraba llaves, raspaba alguna pared, tensaba algunos cables. Quería descubrir el origen del accidente.

—Vosotros dos, acompañadme. En la cabina 25 habrá algo que nos aclare todo esto.

Era el lugar en que había estado manipulando Rarik. Oleg rezó para que se apagara cuanto antes la luz de nuevo. Si Narev descubría que el accidente se debía a sabotaje «desde fuera» pronto rugiría la alarma en la anfibia ciudad y todo habría terminado para los osados.

—¿Qué es esto? ¡Agua! Algún imbécil ha abierto las bombas para apagar un fuego que no se ha declarado. Si no confiesa el culpable, elegiré cinco al azar para los tiburones, lo juro.

Oleg se estremeció. El agua provenía de la cabina 25, bien lo sabía él. Abriría la compuerta y…

—¡Maldición!

Oleg respiró. La luz se había apagado. Comenzó a correr para situarse, a una distancia verosímil de llamada. Iba contando los segundos. Finalmente se puso a gritar, procurando que no se notara su acento de extranjero.

—Oficial Narev. ¡Peligro en la Cámara de Mandos! ¡Veo salir humo en aquella dirección!

—Aquí hay un traidor. Concentraos en la salida. Voy a pedir que manden una unidad para el relevo.

Oleg quemó las etapas.

—¡¡Fuego!!

Enorme confusión. Oleg se acercó al oficial y lo agarró por la espalda, tapándole al mismo tiempo la boca con la mano.

—Vamos, oficial —le dijo en voz baja, aunque lo suficientemente amenazadora—. Yo soy el traidor. Al menor movimiento, le estrangulo y le aseguro que de nada le va a servir esa triquiñuela respiratoria que gastan por aquí.

Le empujó hacía la salida. Todo el mando corría para allá. Si Oleg no se daba prisa, se armaría una confusión que iba a traslucir al exterior.

Narev se resistía. Le parecía inconcebible que unos miserables esclavos, porque a él no le cabía otra cosa en la cabeza que los únicos descontentos eran los esclavos, hubieran sido capaces de armar todo aquel lío a bordo. Pero, aunque lo tuvieran agarrado por el cuello, de nada les serviría la locura. Mikail era poderoso y si pudiera gritar, ahora mismo…

Para colmo, el intruso le estaba desarmando. Parecía conocer perfectamente el manejo de las ballestas, porque le colocó una de ellas en forma adecuada en la que sólo bastaba apretar el gatillo y allí terminaría la carrera, el tercer semicírculo, el segundo, el tercero, el primero, el Cuarto Poder Supremo.

Oleg dejó de tapar la boca de su prisionero. La ballesta era más convincente y además el oficial tenía que hablar a sus hombres.

—Este artefacto está cargado, señor oficial. Obedezca y le extenderé una tablilla en la que constará que ha defendido bravamente el «Slavia Imperatrix».

Diga a sus hombres que se retiren a sus dormitorios.

Sintió la ballesta presionándole en la nuca. Con voz ronca, dijo:

—En la salida, no…

—¡Más fuerte, Narev! ¿Acaso desea que no le oigan?

—¡Concentraos en vuestras cámaras de descanso! ¡Que nadie salga hasta nueva orden!

Los pobres siervos debían considerar que su jefe estaba tan chiflado como ellos. Pero la orden era buena, por cuanto significaba que podrían tenderse a descansar hasta que todo se arreglara por sí solo.

—Muy bien, Narev. Ahora vayamos a recibir unas cuantas visitas.

Rarik había vuelto a conectar la iluminación. Se pudo distinguir entonces la palidez que invadía el rostro del derrotado oficial. Oleg, en cambio, sonreía feliz en su papel de «mariscal». Todo había ido sobre ruedas hasta entonces, sin bajas ni fatiga alguna.

Ahora sólo faltaba aguardar la llegada de Holdini, de Doris, de todos los que iban en busca de la libertad. Ahora sí que podría recostarse tranquilamente en el quicio de la puerta. Era el amo del «Slavia Imperatrix». Por lo menos lo sería hasta que llegara el momento de dar el mando de la nave al profesor Rarik, que debía conducirla a buen puerto con la ayuda de Holdini.

—Oye, Hafson, acompaña al oficial a su cabina y no lo pierdas de vista. Confío en que podremos partir pronto.

Oleg llegó a la salida. Desde allí una rampa conducía al embarcadero. Luego la explanada de mármol gris que se hundía suavemente en las aguas hacia la ciudad sumergida.

Había poca gente. Desocupados, siervos nativos, algún vigilante

de la ciudad. Parecía mentira que fuera no se hubieran enterado de nada. Oleg miró hacia las rampas de la ciudad, impaciente. Vio un oficial que parecía ir hacia la explanada.

—Hace ya rato que debieran estar aquí. ¿No sería mejor que vayamos a buscarlos?

Aquello era de muy mal augurio. Estaba inquieto.

El oficial iba apresurado. Ahora venía hacia el embarcadero. Quizá era Arbenye que se había adelantado. El hombre ya subía por la rampa y se detuvo frente a Oleg, tomándole por un centinela.

—Oficial Parsov. Que avisen al oficial Narev.

CAPÍTULO XI


oris era maravillosamente feliz. Pronto sería libre. Sólo había una sombra en su felicidad, la de que Holdini ponía más que nunca en grave riesgo su vida por salvarla a ella y a sus compañeras.

Había pasado unas horas de angustia. Corrían rumores por la ciudad de que un oficial había sido llevado a la cámara de fieras por haber osado desacatar al Cuarto Poder Supremo. Algo le decía que aquel oficial era Holdini.

También se decía que Argus había escogido esposa. Una bella extranjera recientemente traída del lejano país. Ella se había estremecido al oír esto. No conocía a Argus y no consideraba nada agradable tal honor. ¿Pero qué podía hacer?

En Abissis no había el recurso de una desagradable huida. Era como si en tiempos pasados un prisionero arrojado en el fondo de un pozo hubiera confiado su salvación en llegar a la luna.

Todos los que la hubieran podido ayudar estaban trabajando

duramente en el fondo de los abismos marinos. No pudo reprimir unas lágrimas de tristeza al recordar el fiel grupo del profesor Rarik.

Bruscamente, ante ella había aparecido Holdini, sano y salvo.

—¿No me habían dicho que un oficial había sido condenado a muerte? El corazón me decía que eras tú.

—Soy yo. Acabo de escapar de la cámara de fieras.

—¡Oh, Dios mío! Debías haber sido más prudente ante tus jefes.

—Mikail ha tomado una decisión que me sublevó.

—Comprendo. Yo no merecía que te arriesgaras de esa manera.

—Estoy harto de Mikail y de toda su pandilla. No quiero que seas de Argus.

—¿Por qué?

Holdini sé acercó a Doris y la estrechó entre sus brazos.

—Una vez me dijiste que no tenía corazón. Te equivocas. No he podido evitar enamorarme de ti. Te quiero.

Ella cerró los ojos. Era maravillosamente feliz.

—También yo te amo.

El oficial la besó con suavidad.

—Aun no somos libres, Doris. Cuando lo seamos decidirás si quieres, desposarte conmigo. Aún tenemos una ardua tarea por delante.

—Es cierto. Debemos advertir al profesor Rarik, a Jan, a Oleg, a Annelie, a todas las prisioneras…

Holdini sonrió.

—La emoción de volver a verte no me ha permitido darte detalles de mi fuga. No creo que precisemos ayudar a tus amigos, sino que son ellos los que en este momento deben estar ayudándonos a nosotros.

—¡Dios mío! ¿Qué locura habrán cometido?

—Puede calificarse de locura lo que pretenden hacer. Apoderarse del «Slavia Imperatrix».

—¡Es maravilloso! El único medio de salir de Abissis.

—Exactamente. Son un bravo grupo de muchachos que necesitaban hallarse en éste para ellos exótico país para dar rienda suelta a su juvenil afán de aventuras. Ojalá tengan suerte y no lo digo por motivos egoístas, sino porque se la merecen.

—Vayamos corriendo a ayudarles. Seríamos injustos si dejáramos que ellos hicieran solos todo el trabajo.

* * *

Parsov se reclinó tranquilamente en un sillón.

—Tu cabina no es incómoda, Narev.

—Cierto.

—¿Estamos solos? ¿Ningún siervo nos puede oír?

Narev carraspeó ruidosamente.

—No… nadie nos puede oír.

—Hoy es un buen día para nosotros. Oye, esta nave está muy solitaria.

—Si.

—Me da lo mismo, es decir, es mucho mejor para lo que voy a proponerte. ¿Me escuchas?

—¿Eh? Sí… sí. Te escucho.

—Pareces distraído. A veces me imagino que no sabes nunca a qué carta jugar.

—¡Bah!

Narev estaba lívido. Posiblemente está enfermo, pensó. Mucho mejor para dominar su voluntad y convencerle de que debía secundar su plan.

—Bien, voy a ser conciso. Confio en tu discreción, aunque nadie te iba a creer si cometieras la tontería de abrir demasiado la boca. ¿Sabes lo que le ha ocurrido a Holdini?

—No.

—Pues eso. Quiso dárselas de valiente, habló demasiado y se metió con el amor propio de Mikail. Algo que nunca se había visto ni oído en Abissis. Lo mandaron a la cámara de las fieras.

—¡Ah!

—Ello significa que tiene sus horas contadas. Pero aun hay algo mejor. Algo de lo que soy el único que está enterado en Abissis.

—¿Sí?

—Holdini se ha escapado de su jaula.

—¡Oh!

—Uno de los vigilantes sospechó algo raro al ver al oficial en las minas. Vino a Abissis y consultó conmigo. Yo le dije que se volviera a su puesto y se callara sin decir nada a nadie hasta dentro de unas cuantas horas.

—Bien.

—¿Pero no aciertas las posibilidades que para un hombre ambicioso tiene esa fuga? ¿No adivinas el sitio en que buscará refugio?

—No.

—Siempre pensé que eras duro de mollera, pero no tanto. Holdini sabe que el «Slavia Imperatrix» está poco defendido. Todos los Poderes Supremos han creído que Abissis se defiende por sí sola y por ello no vigilan las cosas como es debido. Estoy seguro de que Holdini, tarde o temprano, vendrá aquí.

—¿Entonces…?

—Cuando venga te aconsejo que le des todas las facilidades para que se apodere del submarino. ¿Entiendes? Tendrá la nave bajo su mando y querrá salir buscando protección entre los bárbaros del Norte. Pero entonces tú se lo impedirás.

—Muy fácilmente —dijo sarcásticamente Narev.

—Te ayudaré. Me habré fingido prisionero tuyo para tranquilizar al rebelde. Lo reduciremos y entonces el «Slavia Imeratrix» será nuestro.

—Bien. ¿Para qué?

—No pienses que para presentarnos ante Mikail como héroes del rescate de la nave. La nave será un arma para planes más ambiciosos.

—¿Cuáles?

—Tengo varios siervos de confianza que, cuando la nave desaparezca del embarcadero repentinamente, harán correr la voz de que Holdini encabeza a un nutrido grupo de oficiales y que éstos pretenden destruir el poder. Cundirá la alarma, el desconcierto. Serán muchos los que alzarán la voz para expresar su descontento. Bastará una ligera chispa para que todo se incendie.

—¿Pero…?

—Si estalla una verdadera revolución y el Cuarto Poder Supremo es derribado, nosotros apareceremos como los autores triunfantes de ella, después de habernos desprendido de Holdini. Pero si la revolución no llega a estallar, porque Mikail tome sus medidas, o si teniendo lugar fracasa, nosotros apareceremos como los héroes que han rescatado al «Slavia Imperatrix» y hecho prisionero al cabecilla.

—No está mal…

—Deberías estar más entusiasmado, Narev. Te has pasado todo el rato con monosílabos y ambigüedades. Ahora te toca exponer a ti alguna idea para perfeccionar el plan, decirme si encuentras algún defecto…

Narev miraba a un punto situado detrás de la espalda de Parsov. Hubiera hablado para decirle a su visitante que era un perfecto canalla, pero estaba rodeado de enemigos. Le habían prohibido hablar, le habían amenazado con soltar las ballestas si pretendía advertir, aunque fuera con un simple gesto, de lo que le ocurría. Estaba entre la espada y la pared. Narev era un hombre fiel y ahora veía que todo estaba perdido. El plan de Parsov se llevaría a cabo, pero con algunas variantes. Pero Parsov no aparecería como triunfador, porque su plan había fracasado ya en el momento en que advirtiera al centinela que quería ver a Narev, el oficial de guardia.

En cuanto a él, Narev, después de haber escuchado a Parsov, todo le daba igual. Pensó que, puesto que era así, podía volcar su ira ante el hombre despreciable movido por la ambición.

—Sí. Encuentro un defecto. Uno solo, pero fundamental. Que no puede llevarse a cabo.

Narev miraba cuidadosamente hacia el peligro. Las ballestas no se movían. Los ojos de los enemigos parecían indicarle que podía decir cuanto le viniera en gana. En cuanto a las armas que llevaba Parsov al cinto no tendría tiempo de sacarlas si se ponía repentinamente furioso por lo que iba a oír.

—Estás loco, Narev. Jugamos sobre seguro.

—Tu plan ya ha fracasado. Tu plan ya tiene el castigo que merece tu estupidez. Te has metido en la ratonera.

—No te entiendo.

—Mira a tu espalda.

La puerta de la cabina se había abierto en el mismo instante que Parsov se volvía hacia ella. Como si le hubiera picado una avispa, el oficial se incorporó de un salto.

—¡Holdini! ¡Los extranjeros!

—Me llamaste traidor no hace mucho…

—¡Oh! Era simplemente para desorientar. Precisamente ahora estaba hablando con Narev de algo que podría interesarte.

Parsov quería ganar tiempo. Aún podía arreglarse todo. La

cuestión era armar alboroto en Abissis. Holdini estaría ignorante de su primitivo plan y más tarde ya procuraría sellar la boca a Narev. A Parsov nadie iba a ganarle en hipocresía.

—Sentémonos, Holdini, y hablemos. Has llegado muy oportunamente.

—Tienes razón, Parsov, he llegado oportunamente… hace quince minutos. He oído toda la conversación.

Parsov se había quedado lívido.

—Desde luego el calificativo de traidor que me aplicaste era para desorientar, lo reconozco. Era para ocultar la felonía que estarías gestando para la primera oportunidad que se presentase. Merecerías que mis amigos apretasen a la vez el gatillo, que te acribillaran… Pero no lo haré. Te pondremos en libertad.

—¡No! —saltó Oleg—. Esa magnanimidad sería nuestro suicidio.

—Pero no ahora —continuó Holdini— sino cuando estemos en aguas libres. Creo que no te costará nada regresar a Abissis nadando. A lo sumo, diez horas.

Parsov había quedado tan abatido como Narev. Los encerraron en sus respectivas cabinas. La nave era demasiado grande para aceptar sus ayudas en el mando y tenerlos vigilados al mismo tiempo.

Urgía ponerse en marcha. Arbenye había abierto las cámaras de descanso y distribuido la tripulación de tal modo que no sospecharan nada anormal. Holdini y el profesor Rarik comandaban ellos solos desde el sitio destinado a Mikail. Si el ensoberbecido amo de Abissis era capaz de dirigir una nave como aquélla, también podrían los dos, cuando en ello ponían los dados de su vida al azar.

—Jan, asegúrate de que todas las escotillas están cerradas.

—Sí, profesor, voy a repasarlas de nuevo.

—Oleg, tapona herméticamente el compartimento que averié. Que no se vuelva a producir un cortocircuito.

—Descuide.

Ahora Oleg ya no era el «mariscal» victorioso. Volvía a ser uno de los «pequeños» del profesor Rarik.

Las turbinas movidas por la energía nuclear comenzaron a rodar vertiginosamente. Un débil temblor comenzó a agitar paredes y suelos y la nave comenzó a despegarse lentamente de la orilla.

—¿Es esto la palanca de inmersión, Holdini?

Rarik la fue moviendo lentamente hacia abajo. Los cristales de proa comenzaron a empañarse. Cuando volvió la visibilidad, al conjuro de un dispositivo automático que daba una claridad deslumbradora a la materia, vieron las luces de la ciudad sumergida, sus casas de extraña forma, semejantes a embudos colocados al revés. Los buceadores pululaban entre ellas, como peces que se solazaran en su pereza. Algunos de ellos volvieron sus asombrados ojos al comprobar que algo se sumergía a su lado, la conocida y enorme masa.

—Dentro de unos segundos la alarma estará dada. Debemos alcanzar pronto el túnel de salida.

Eran pocos para dirigir la importante mole. La palanca había sido mal graduada y la nave había chocado suavemente en el fondo arenoso.

—¡Debemos desatascarla inmediatamente! Si dejamos transcurrir demasiado tiempo, la arena nos cubrirá por completo.

Barik se rascó pensativo la cabeza, mientras iba de un lado a otro intentando descifrar los mandos, manómetros y llaves. Sin embargo, no perdió la serenidad.

Mientras movía la palanca expulsadora de arenas, llamó a Pietr.

—Ponte ese trasto en los oídos y ve diciéndome todo lo que vayas captando.

—¿Qué es esto?

—Un detector de sonidos de larga distancia. Nos permitirá saber que está ocurriendo en la ciudad por lo menos hasta que estemos lejos de ella.

El ruido producido por la nave era ahora espantoso. Las arenas removidas debían estar levantando en la superficie unas sucias olas que forzosamente debían llamar la atención, si no se había dado ya la alarma ante la desaparición.

—Hundamos la cola —ordenó Holdini—. Cuando llegue al fondo rocoso, debajo de las arenas, servirá de impulso para levantar el resto de la nave.

—Buena idea. ¿Cómo se hace eso?

El «Slavia Imperatrix» casi se puso vertical. A Pietr le era difícil mantenerse en aquella postura y prestar atención a los sonidos que percibía.

—Se oyen muchos gritos de gente. Alboroto de voces.

—Los agentes de Mikail y Parsov ya se han puesto a la tarea.

—Ahora lo domina todo un largo silbido con mezcla de vibración eléctrica.

—Alarma general. Todos los oficiales deberán concentrarse en sus puestos más cercanos. Todos los siervos secundarios y vigilantes requerirán sus armas. Los esclavos serán encerrados —aclaró Holdini—. Cuando suena la alarma Abissis es una ciudad muerta.

—¿Acaso han habido otras revoluciones?

—Nunca, Pero ha habido hundimientos de la caverna, terremotos, súbitas elevaciones del nivel de las aguas. De vez en cuando el Cuarto Poder Supremo hacía funcionar caprichosamente el dispositivo para divertirse.

—Esta vez Mikail no se divertirá nada. Va a ser un terrible despertar para él.

La cola tenía la suficiente fortaleza para levantar en vilo, una vez concentrada toda la energía de la nave en ella, para levantar el resto de la mole. Luego destascar de las arenas la larga popa era tarea fácil como mover un cuchillo a través de una masa blanda.

—Creo percibir frases —advirtió Pietr—. Parecen ser transmisiones eléctricas destinadas a advertir a la población.

—¿Qué dice?

—Voy a repetirlas, tal como las entiendo. «Mikail ordena». «Mikail ordena a todos sus súbditos». «No hacer caso de viles calumnias»… «Los oficiales deben obedecer a los Brazos, y a los Cerebros. Éstos al Cuarto Poder Supremo». Más algarabía de voces. Silbidos.

—Alguien está disparando las ballestas. Su sonido se transmite de esa manera a través de los audífonos —dijo Holdini.

—La turbiedad de las arenas se disipa. Vamos en derechura hacia el Gran Corredor. ¡Qué suerte hemos tenido!

El profesor Rarik estaba entusiasmado. Pero Holdini echó agua al vino de su alegría.

—Ese túnel submarino es larguísimo. Doris sabe perfectamente que no lo digo para desanimarles porque ella ya lo vio. Además…

En el rostro del oficial se reflejó un signo de inquietud.

—¿Hay alguna trampa en el camino?

Doris estaba dirigiendo las aletas de la dirección. Una especie de timonel con dispositivos mecánicos que requerían mucha atención.

Había hecho la pregunta para burlar los obstáculos, si éstos se presentaban.

—Algo parecido, es decir peor que una trampa. A lo largo de estas paredes hay instaladas cargas nucleares reducidas capaces de volar las rocas y obstruir por completo el túnel. Hay cargas de simple advertencia preparatoria de otra de más efecto.

—Procuraremos pasar a la mínima velocidad. Nadie nos persigue. Haremos que ni el más pequeño roce las haga funcionar.

—Será inútil cuanto hagamos a este respecto porque las cargas están conectadas por medio de cables directamente unas a la mansión de los Cerebros, otras al palacio del Cuarto Poder Supremo. Desde allí nos pueden volatizar en cualquier instante. Me he acordado ahora de ello…

—Esperemos que no se acuerden.

—¿Que no? —dijo Pietr—. Atiendan a lo que dicen en Abissis «Los rebeldes del “Slavia Imperatrix” están condenados». «Deben retroceder si no quieren morir aplastados». «Haremos saltar las cargas». «Si devuelven intacta la nave seremos inexorables…». Más silbidos, veces que no puedo descifrar «La ciudad sumergida ha de ser tomada…». «El palacio…». «Los cerebros dicen que…».

—Parece que esa revolución que tan fácilmente ha montado el oficial Parsov no va todo lo bien que nos interesaría —dijo Holdini.

—Por lo menos avanzamos sin novedad.

Habían apagado las luces para evitar engañosos reflejos. El largo túnel oscuro semejaba más bien una tumba. Doris hacía esfuerzos para, que no hubiera ni un solo roce que podía reducirlos a polvo a todos.

Ds repente una radiante luz penetró en la amplia cámara de mandos. Vieron como gruesas piedras se desprendían de la parte superior y caían con lentitud hacia el fondo.

—Una carga de advertencia.

—La revolución está en su punto álgido —anunció Pietr—. Parece ser tres o cuatro los que están dando órdenes contradictorias a la vez. «Mikail es sagrado». «No existe Cuarto Poder Supremo». «Nuestras conquistas deben ser pacíficas». «Hay que terminar la rebeldía». «Los palacios deben ser respetados». «Pedimos ayuda a los esclavos». «La “Slavia Imperatrix” debe retroceder»…

La explosión apenas había conmovido la marcha del submarino.

Veíanse bandadas de peces temerosos que corrían en busca de aguas más tranquilas.

Apenas habían avanzado un centenar de metros cuando nuevos raudales de azulada luz penetraron en la nave. Ésta sufrió una sacudida y uno de sus extremos rozó brutalmente contra las rocas. Pietr hizo una mueca de dolor al penetrar el sonido de la explosión hasta lo más íntimo de sus huesos auditivos, pero siguió impávido a la escucha de los ecos de la ciudad trastornada.

—Apenas se oyen silbidos. «No perdamos la serenidad».

—Va por nosotros eso —dijo el profesor Rarik—. La próxima explosión será la definitiva. No perdamos la serenidad mientras tanto.

—Desde luego —indicó Holdini—. Aún estamos a tiempo de tomar una decisión. Avanzar, detenernos o retroceder. Yo soy partidario de lo primero.

—¿Quién duda de que los demás vayamos a cometer la estupidez de retroceder o de quedarnos aquí con los brazos cruzados? —Dijo la muchacha—. Mi opinión es que la carga definitiva no estallará.

—Eres muy optimista Doris.

—El «Slavia Imperatrix» lleva una carga demasiado preciosa para Abissis. Son muchas las prisioneras que han escapado. Además es la única nave que poseen.

—Por las muchachas no se preocupan, puesto que saben dónde ir a buscarlas. En cuanto a la nave está en estado avanzado de construcción una muy parecida a ésta.

Una terrible tensión reinaba a bordo. Después de las dos explosiones de advertencia, nadie estaba seguro de cuál sería la potencia de la próxima. ¿Morirían todos aplastados? ¿Saldrían a las profundidades libres?

—¿Qué oyes, Pietr?

—Gritos de júbilo. No puedo entender exactamente lo que dicen. Tanto pueden proceder de los partidarios de Mikail como de los revolucionarios. No se oyen ya los silbidos de las ballestas.

—Eso quiere decir que la lucha ha terminado. Desgraciadamente no sabemos el resultado —dijo Holdini.

—Disponemos de un momento de respiro, mientras se olvidan de nosotros. ¿Falta mucho para salir del Gran Corredor?

—Cuarenta y cinco segundos, poniendo toda velocidad al submarino.

El profesor Rarik apretó la palanca de velocidades hasta el máximo. Aquella marcha exponía a los grandes alerones a sufrir tremendas desgarraduras e incluso el destrozo total de la nave. Un solo segundo podía ser el límite entre la vida y la muerte.

Doris hacía tremendos esfuerzos para mantener la dirección.

—… veintiséis… veintisiete… veintiocho…

Sin darse cuenta, Doris iba contando los segundos que transcurrían desde que Rarik diera el tremendo impulso. Pietr ajeno a todo cuanto no fuera descifrar los cada vez más débiles sonidos a través del audífono. Holdini imperturbable. Rarik con un ligero crispamiento de nervios reflejado en su rostro.

—… treinta y ocho… treinta y nueve…

Se oía materialmente el palpitar de los corazones, aguardando la catástrofe. A través de los ventanales los pececillos ponían una nota sedante de tranquilidad en la angustia de los segundos.

—… cuarenta y cuatro… ¡cuarenta y cinco! Bruscamente las paredes habían comenzado a ensancharse. El infinito panorama de las llanuras bajo el mar se abría ante ellos, como un premio a la victoria.

CAPÍTULO XII


a maquina que inventó el profesor Rarik y que durante todo este tiempo ha estado depositada en la última Cueva debe ser desmontada para utilizar lo que se pueda en la construcción de más barrenas progresivas.

Hure Ladd estaba convencido de que nada se opondría ahora a su plan de la Gran Galería. Había transcurrido más de un año desde que desapareciera aquel loco de Rarik y todos los de su grupo, los únicos que estaban empellados en horadar la Capa Mortal.

El Consejo Técnico se había rendido por fin a la evidencia de que todos los desaparecidos en la noche del misterioso ataque en que muriera Marebo, ya no regresarían jamás.

Se había abrigado la esperanza de que habrían hallado, persiguiendo a los atacantes, una brecha en la Capa Mortal. Mas pasaron los días y los meses y Rarik no dio señales de vida.

—Hubo lucha —decía Ladd— y fueron muertos o secuestrados como las jóvenes. Tenemos un enemigo que nos acecha. Ese

enemigo viene por el fiordo. La única defensa que poseemos es cerrar a perpetuidad las salidas al Sol, y buscar nuevos mundos a través de las galerías. Más adelante levantaremos pozos para hallar nódulos aéreos en la superficie.

Los consejeros técnicos escuchaban en silencio.

Sí, Hure Ladd, tenía razón. El único hombre que podía convencerlos de lo contrario era el profesor Rarik y éste ya no se hallaba entre ellos.

—Se aprueba el plan propuesto por Hure Ladd. Esta misma tarde procederemos a tapiar la salida, desmontando la puerta de plomo.

—Debemos volar buena porción de la última cueva para taponar todo hueco. Bastará instalar un detector en las proximidades que nos indicará en su caso la existencia de gentes que pretendan abrir una galería en ese punto.

Allen Murphy ordenó se avisara al Pueblo Solitario para que éste fuera testigo del acto en que se cerraba una etapa de su historia. Los ascensores hacían frecuentes viajes a la superficie transportando a las gentes. Sabían que en adelante nadie podría volver a ver el Sol.

—Peligra nuestra propia existencia como pueblo —decía Murphy a todos los que se lamentaban de la decisión del Consejo Técnico—. El enemigo que nos ataca impunemente se aprovecha de que puede pasar a través de la capa Mortal. Levantemos un muro que nos separe de ellos, puesto que sus fines son hostiles.

Era cierto, pensaban todos. ¡Lástima del grupo Rarik! Habían sido unos locos héroes en busca de lo imposible. Una utopía, la de pretender vivir al sol, libres de la radiactividad.

Hure Ladd cuidaba de qué las cargas fueran distribuidas de modo que en una sola explosión los escombros crearan un sólido y ancho muro cuyos huecos se rellenarían con agua y cemento.

Algunos hombres transportaban cuidadosamente los útiles que usara el profesor Rarik hacia el interior, mientras otros, con ayuda de poleas, desmontaban la puerta de plomo para trasladarla luego en rodillos hacia los ascensores pesados.

—Allen Murphy dará la orden para hacer estallar las cargas. —Indicó Hure Ladd—. Os doy diez minutos para que miréis el paisaje del fiordo y penetréis a considerable distancia en las Cuevas, a donde no nos llegue la onda explosiva.

El plazo era brevísimo. Estaban ya retirándose los más rezagados

cuando uno de éstos, al volver la cabeza hacia el agua contaminada, dio un grito de pánico.

—¡Algo avanza por el fiordo hacia aquí!

Todo el mundo se precipitó a su lado para mirar hacia el punto en que algo oculto agitaba levemente las aguas, allá en la parte más amplia del fiordo.

Un vocerío confuso se alzó entre los hombres y las mujeres. Terror, curiosidad, esperanza, tales eran los encontrados sentimientos que agitaban todos los corazones.

—¡Nuestro enemigo!

—¡Vienen a atacarnos!

—¡Huyamos!

—¡Luchemos!

Allen Murphy apagó con su voz el griterío. Hure Ladd a su lado permanecía absorto mirando fijamente hacia la estela de la misteriosa máquina que se movía debajo del agua.

—Tengamos serenidad Las mujeres y los niños deberán regresar al interior, siguiendo las instrucciones de todos conocidas. Los hombres son libres de quedarse o marcharse. Que nadie de los que huyan se lleve las armas.

—Nadie debe huir…

—Veamos qué clase de bichos son.

Hure Ladd alzó su brazo.

—No compliquemos las cosas. Volemos las cargas y todo se solucionará por sí mismo.

Allen Morphy se opuso.

—Volaremos las cargas cuando el enemigo llegue aquí. Pero antes debemos saber cómo, quienes son y si sus intenciones son las mismas de siempre.

—¡Bien dicho!

—Por tanto que cada cual se esconda y prepare sus armas. Si vienen hostilmente, disparad sin remordimiento. Tenemos derecho a perder alguna vez la paciencia, después de todo lo que han hecho aquí.

Pasaron veinte minutos. El silencio más absoluto reinaba en los alrededores de la entrada desprovista de su puerta de plomo. Las aguas del fiordo continuaban levemente agitadas y la estela avanzaba con lentitud hacia las Cuevas. Allí se detuvo.

Unas burbujas estallaron en el agua intocable. Todos aguantaban la respiración. La curiosidad se sobreponía a todas sus ansias vengativas.

Unas negras bolas emergieron sobre la superficie. Nadaban torpemente hacia la orilla. Unos seres repugnantes de brazos largos y viscosos como los de los pulpos, con una pequeña protuberancia de reflejos cristalinos como cabeza.

Pusieron pie en tierra y avanzaron hacia la entrada. Parecían conocer bien el camino.

—¿Por qué no disparamos? —murmuró Hure Ladd al oído de Allen.

—Aguardemos. Tengo la intuición de que esta vez…

—Si nos ponen sus brazos encima estamos perdidos…

Una de las bolas pareció ser repentinamente víctima de algún mal interior. Agitaba desmañadamente sus tentáculos como Intentando acertar con ellos la falsa cabeza.

—Se ha detenido… los demás hacen lo mismo… ¿qué les pasará?

El «monstruo» giró como una peonza y al instante se abrió en dos. Ante los ojos desorbitados de cuantos presenciaron la escena, vieron cómo se había metamorfoseado en una bella muchacha.

—¡Doris!

Las otras bolas siguieron su ejemplo. Allí estaban, llenos de vida y de optimismo, el profesor Rarik, Oleg, Pietr, Jan Hofson, Annelie, todos los desaparecidos un año atrás, muchas de las personas secuestradas. Los muertos que resucitaban para el Pueblo Solitario.

Una explosión de delirio sacudió a todos los hombres que estaban agazapados. Arrojaron sus armas, salieron de sus escondites y en unos segundos la playa se halló rebosante de una muchedumbre que quería convencerse de que la presencia de los rescatados no era una ilusión de sus mentes.

* * *

El profesor Rarik no se cansaba de narrar sus aventuras. Incluso Hure Ladd, en un rincón escuchaba atentamente. Aquello era lo más fantástico que hubieran podido imaginarse.

—¡Un pueblo mucho más grande que el nuestro, bajo el mar! No

todo el mar estaba contaminado y se puede vivir soportando presiones inconcebibles para nosotros. Tienen un grado de progreso científico más elevado que el del Pueblo Solitario, pero, sin embargo, como ya os explicaré, nosotros les aventajamos en muchas otras cosas. Utilizan la energía nuclear y las minas les proveen de toda clase de minerales.

—Menudo susto tuvimos cuando aparecisteis. A punto estuvimos de disparar —comentó Allen Morphy, sonriente.

—No existía otra alternativa. Teníamos que equiparnos de esa monstruosa manera si queríamos atravesar la Capa Mortal. Es el más maravilloso invento de las gentes de Abissis. Un traje con el que podemos desplazarnos impunemente a través de los fluidos radiactivos. Con ellos podremos explorar el planeta entero.

—¿Y por qué no lo utilizaron ellos para conquistarlo?

—Nacieron en el mar y odian el desolado aspecto que ofrece la tierra calcinada, por lo menos la que se distingue oteando las costas. Se sienten como el pez en el agua en su ciudad sumergida. Me gustaría saber que tal andan ahora por allí —terminó con nostalgia el profesor.

Todos los habitantes de las cuevas se agrupaban alrededor, escuchando ávidamente las palabras de Rarik. La nave capturada apenas emergía y todos miraban de reojo hacia ella, sabiéndola portadora de mágicos inventos que iniciarían una nueva era.

Las mujeres iban apareciendo, sabedoras de la buena nueva. Escapaban de las profundidades, ansiosas de ver a los liberados. Miraban con curiosidad, no exenta de envidia, las ropas de las jóvenes que habían hecho el largo viaje a través del océano. Ellas formaban un nuevo grupo y las preguntas se sucedían una tras otra, y un murmullo inacabable de voces identificaba que habría tema para rato, aún.

Un tercer grupo más reducido aún rodeaba a Jan y a sus compañeros.

—Vamos a calmar vuestra natural curiosidad, amigos. Un poco de paciencia y todos podréis subir a bordo.

Se iban colocando entre risas y burlas los grotescos trajes que tanto pavor les causaron poco antes. Con ellos podrían meterse en el agua y visitar el submarino. Era una experiencia excitante, algo jamás imaginado en la monótona existencia que hasta entonces

habían llevado.

Los siervos secundarios contemplaban absortos a todas aquellas gentes. Holdini y Arbenye les tranquilizaban. Ello dio motivo a una pregunta de Morphy.

—¿Qué haremos con ellos?

—Creo que serán buenos ciudadanos del Pueblo Solitario, Les dejamos opción para regresar, cuando nos vimos fuera de peligro, mas prefirieron venir con nosotros.

—Antes ha dicho que habían otros oficiales.

—También soltamos a Narev y Parsov, juntamente con los tripulantes que prefirieron regresar a nado a Abissis. Bastó meterlos en la escotilla y pulsar el correspondiente botón.

—Sin equipo de inmersión seguramente. Antes me ha parecido entender que sólo lo usaban los prisioneros.

—En efecto, lo que aún no he podido resolver es precisamente ese misterio. No sé cómo se las arreglan para sobrevivir sin ahogarse.

—No es ningún misterio, profesor —intervino Holdini que escuchaba la conversación—. Es una especie de acomodación quirúrgica dictada por el Primer Poder Supremo. Todos los recién nacidos son sometidos a una operación que tiene por objeto respirar de una manera parecida a los peces, extrayendo el oxígeno del agua. Es una intervención delicadísima y mueren muchos, proporcionalmente más niñas que niños.

—¡Eso es una brutalidad!

—Se aplica la Ley de Abissis inexorablemente, y por ello nuestro pueblo va decreciendo. Ésa es la razón por la cual Mikail ordenó el secuestro de doncellas en las Cuevas, para evitar nuestra extinción total.

—Comprendo —dijo Rarik—. Una medida inhumana, pero muy práctica para los supervivientes. Nadar como los peces… —Hizo una pausa—. Mas con todo prefiero el equipo de buceo.

Allen murmuró unas palabras a oídos de uno de sus ayudantes.

—Hay que celebrar este día glorioso. He mandado que bajen unos hombres a recoger unos cuantos barriles del mejor elixir que se conserve en los depósitos. Lo repartiremos entre el pueblo y nos estaremos aquí hasta el anochecer.

—Muy bien pensado. ¡Bravo por el profesor Rarik!

—Brindaremos por Doris…

—Y por Jan Hofson.

—Por todos cuantos han participado en la aventura…

Todo era entusiasmo, gritos de alborozo, una tremenda euforia que había hecho olvidar todos los lúgubres días del pasado. Alguien había llevado consigo una máquina eléctrica musical y las jóvenes iniciaban pasos de baile. Si, era un día glorioso, porque en él se iniciaba también la alegría.

Pero, sin embargo, había una persona que no parecía participar en el general contento. Se había sentado sobre una roca lejos de los grupos y contemplaba con aire sarcástico las expresiones placenteras del Pueblo Solitario.

Era Hure Ladd.

Se sentía despechado. Su idea fija de reducir a las gentes de las Cuevas a la mera condición de topos, privándoles para siempre de la luz del sol, había fracasado. Unos minutos más tarde y el poder técnico habría pasado a sus manos. Todo el colosal trabajo de las excavaciones subterráneas hubiera estado bajo su control y poco a poco hubiera podido desplazar en el mando a Allen Morphy, reduciéndolo a la condición de mera figura decorativa.

Hure Ladd era ambicioso. Había forjado castillos en el aire y todos se habían derrumbado. Miró a su alrededor y de repente se levantó. Quizá no todo estaba perdido.

—¡Estos imbéciles! Se estarán creyendo todas las mentiras de Rarik y sus chicos. Pero yo les escarmentaré. Aún hay varias cartas por jugar.

Se dirigió lentamente hacia la entrada. Unos hombres se dirigían hacia el interior comentando la alegre determinación de Morphy, haciendo subir por ellos unos barriles que aumentarían la alegría general.

Hure Ladd vio que las cargas seguían en su sitio. Era una imprudencia no haber desconectado el circuito principal porque cualquier chiquillo, jugando, podía haber producido una catástrofe. Pero aquello para Hure Ladd era una de las cartas con las qué contaba aún.

Una sonrisa siniestra iluminó sus labios. Se detuvo y llamó con gesto enérgico a uno de los hombres que estaban a punto de desaparecer por el corredor de los ascensores.

—¡Gustafson!

Los hombres se detuvieron. Hure Ladd representaba a la autoridad del Pueblo Solitario, un poder sólo inferior a la de Allen Morphy.

—¿Se le ofrecé algo, señor Ladd?

—Sí. ¿Por qué vais abajo?

—El señor Morphy nos lo ha ordenado. Ha requerido sean sacados los barriles de la mejor bebida que haya en los depósitos de la fábrica para repartirla y celebrar el feliz regreso de los cautivos.

—Habrá anochecido antes de qué hayáis terminado los varios viajes que son necesarios para que todos tengan su abundante ración.

—Es cierto. ¿Nos autoriza a pedir más voluntarios para sólo hacer ese viaje?

—Hazlo, Gustafson. Daos prisa los demás, para que no tengan que esperar vuestros ascensores.

Cuando se quedó solo, Hure Ladd buscó una hoja de papel y comenzó a escribir, deteniéndose de vez en cuando vacilando ante lo que debía poner. Apenas había terminado de doblar la hoja, cuando regresó Gustafson, acompañado de cosa de un centenar de hombres.

—Me han parecido muchos, pero todos querían despachar esto cuanto antes, así que…

—No te preocupas por ello, Gustafson —atajó Ladd. Se dirigió al grupo—. Aguardad al final del corredor y no subáis al ascensor hasta que os lo diga. Tú, Gustafson, acompáñame.

Le mostró la derribada puerta de plomo, las cargas preparadas.

—El director del Consejo Técnico ha ordenado desembaracemos la entrada y desmontemos las cargas, ahora inútiles. Hay que traer más gente acá. Cuídate de ello también, Gustafson.

El aludido, se sentía halagado de que el secretario de Consejeros se sirviera de él como ayudante, se apresuró a obedecer la orden. Media hora después, casi dos mil personas estaban en el interior de la última Cueva. Había corrido la voz de que las cargas eran un peligro, por una desconocida razón que nadie quería molestarse en preguntar, y todos querían trabajar un poquito y terminar cuanto antes para regresar a la playa y volver a la euforia.

Hure Ladd seguía sonriendo siniestramente. Aún quedaba mucha

gente afuera, pero buscar una nueva artimaña para hacerla entrar, hubiera sido exponerse a ver descubiertos sus planes antes de que los pudiera poner en práctica.

—¡Gustafson!

—¿Por dónde empezamos, señor?

—Hay que aguardar un poco. Tengo que consultar algo con el Director del Consejo. Toma —le dio la hoja doblada de papel—, llévale esto.

—¿Aguardo la respuesta del señor Morphy?

Ladd vaciló y contestó haciendo una mueca:

—Puedes aguardar la respuesta, seguramente…

Gustafson se quedó desconcertado. Hizo un gesto iniciando un encogimiento de hombros y se alejó. Hure Ladd se puso manos a la obra.

* * *

Alrededor del profesor Rarik estaban prácticamente todos los miembros del Consejo Técnico, demasiado abstraídos escuchando para darse cuenta de que el ritmo de la fiesta estaba decreciendo un poco. La música seguía sonando.

—Tengo grandes planes que expondré en la primera reunión formal que tengamos. Creo que esta vez no habrá ninguna oposición a ellos.

—Ninguna, salvo la de Hure Ladd —dijo uno de los consejeros.

—¿Dónde está? —preguntó Rarik—. No lo veo en parte alguna.

—No creo esté bailando con las doncellas. Se habrá escondido en algún rincón a rumiar su fracaso. Cuando le pase la rabieta y vea que hay algo bueno para beber se reunirá con nosotros. Hoy no es día para rivalidades —comentó otro profesor—. Díganos algo de esos planes, Rarik.

—Tenemos el «Slavia Imperatrix» y parte de los conocimientos de Abissis. Rebautizaremos el submarino y exploraremos superficialmente las costas.

—¿Por qué no una exploración a fondo?

—Creo que los hombres de Abissis sólo encontraron vestigios de vida en este fiordo. Por tanto, si existen otros núcleos de vida en la tierra, han de estar en el interior.

—Deducción muy factible, profesor. Por lo tanto…

—Deberemos explorar luego el continente, abriéndonos paso a través de la Barrera Incógnita. Tengo un plan que quizá tacharéis de fantástico. Necesitaré unos días para ultimar los detalles técnicos, pero ahora os puedo resumir lo principal. Se trata de…

Se interrumpió al ver que un hombre se acercaba a Allen Morphy extendiéndole un papel.

—Me lo ha entregado el Secretario de Consejos, Hure Ladd. Entendí que debía aguardar respuesta, pero…

—¿Hure Ladd? ¿Dónde está? ¿Por qué diablos no se acerca a decir lo que tenga que decir personalmente?

—No lo sé, señor Director. Está muy atareado cumpliendo las órdenes que usted ha dado de desembarazar la entrada e inutilizar las cargas.

—Yo no he dado ninguna orden —en su voz comenzaba a notarse una ligera inquietud—. Ahora me doy cuenta de que no hay tanta gente como antes en la playa.

—Están con Hure Ladd y en los depósitos.

—Algún manejo se trae ése hombre. Démonos prisa y vamos hacia la entrada, a ver. Pero antes veamos que ha escrito.

Había desdoblado ya el papel, cuando una tremenda explosión hizo temblar el pedregoso suelo. Instintivamente y ayudados por la onda expansiva, todos se echaron al suelo. Una lluvia de cascotes cayó sobre la atemorizada multitud y miles de gritos de terror se alzaron al cielo.

—¡Maldición! Las cargas han volado. ¡Eso es cosa de este traidor de Ladd!

Alzó Allen la mirada hacia la última Cueva. Grandes rocas se habían desplomado desde lo alto del fiordo levantando un caos que taponaba la entrada. Sordas explosiones, amortiguadas por la separación, iban sucediéndose, indicando que la destrucción continuaba, implacable.

Una acre humareda invadía la playa. Algunas mujeres sollozaban histéricamente. Pero nadie pronunciaba una sola palabra. Parecía que nadie quería darse cuenta de que aquello representaba una catástrofe sin par, la condena a la extinción.

Rarik se incorporó, sacudiéndose el polvo y la tierra. Alzó su amenazante puño hacia el invisible Hure Ladd.

—¡Canalla! Eso es una venganza ruin.

Allen Morphy asintió tristemente. La hoja de papel yacía, olvidada a unos metros del grupo.

—¿Por qué habrá hecho esto? Los que están dentro van a lincharle cuando se den cuenta de que sus mujeres y sus hijos han quedado fuera.

—No lo comprendo. Debíamos haberlo supuesto.

—Quizá en el papel amenazara con algo. ¿Qué decía?

—¡Es cierto! —Allen miró angustiosamente a] suelo—. En el momento de la explosión se me fue de las manos y… ¡ahí está!

Leyó en voz alta. Hure Ladd había escrito su amenaza, su desafío. Eran sólo unas pocas líneas, las suficientes para que todos comprendieran. El sol se había ocultado ya detrás de las altas montañas y todos escucharon.

> «Rarik ha tramado su complot para humillarme. No creo nada de cuanto él y su pandilla dicen. Pero voy a tomar cumplido desquite. He atraído a muchos hombres a la Ultima Cueva y haré saltar las cargas. Con ello me haré automáticamente dueño del Pueblo Solitario. A los hombres les diré que ha sido Allen Morphy quien ha volado la entrada para que él y sus compinches pudieran huir tranquilamente a bordo del submarino y para vengarse se sumarán a mis planes. Estáis, pues, a mi merced. Dentro de un tiempo os haré saber mis condiciones.
>
> HURE LADD».

—Dentro de un tiempo… —gimió Doris.

—Estamos a su merced… —murmuró un consejero.

La noche estaba cayendo rápidamente. Las tinieblas comenzaban a invadirlo todo… incluso los corazones. Jamás se había visto así abatido el Pueblo Solitario. En un solo día habían subido a las cumbres de la esperanza y se habían visto sumidos en las negruras de la más negra desesperación.

CAPÍTULO XIII



ebemos tomar una decisión —exclamó animoso el profesor Rarik.

Era cerca de medianoche y ya se había hecho un buen trabajo para levantar los abatidos ánimos. Como primera providencia se había tendido un cable que facilitaría brillante iluminación a la playa.

Como habría sido muy lento y engorroso trasladar a las mujeres y niños a bordo del submarino para resguardarlos de las incomodidades de la Intemperie, se habían levantado con unas telas impermeables halladas a bordo unas tiendas. Oleg Mars había conseguido acercar el submarino a una distancia mínima y Rarik había dado instrucciones de que determinados instrumentos fueran desmontados y desembarcados.

Allen Morphy se mostraba desanimado, el rostro inclinado hacia el suelo, considerándose responsable de un descuido, en parte culpable de la catástrofe.

—¿Cuál? —le dijo a Rarik—. Sólo nos queda el recurso de

aguardar las condiciones de ese traidor.

—Debemos combatirle, recuperar las Cuevas.

—Estamos a su merced. Si no fuera por las mujeres y los niños, yo recurriría a la violencia.

—Debemos evitarla, en efecto. Más bien debemos recurrir a la astucia, a la sorpresa.

—Hure Ladd estará alerta, Una vez tomada su brutal determinación, no estará dispuesto a tratarnos con guante blanco precisamente.

Rarik sonrió.

—Ese canalla no puede estar en todas partes. Estará en el puesto que él cree de más peligro. En la entrada de la Ultima Cueva, ¿no es así?

—Naturalmente.

—Estará cavando un pequeño túnel para colocar aparatos detectores que le ahorren el trabajo de vigilarnos. Quizá espera que hagamos lo que insinúa: marcharnos en el submarino a otra parte. Pero no haremos eso. Tampoco permaneceremos aquí a merced de los aparatos detectores. Sorprenderemos a Hure Ladd por la espalda.

—Imposible. La única entrada es por la última Cueva.

Rarik señaló hacia las tinieblas de la noche, en el punto en que terminaba el fiordo.

—Antes de nuestra forzada aventura en Abissis, Doris, que manipulaba uno de los detectores, cerca de la Barrera Incógnita, vio que éste señalaba algo anormal en el oeste. Obsesionados entre el fiordo y la Barrera no pensamos que la detección podía indicar alguna cosa de particular en el oeste, pero debajo tierra.

—¡Es verdad, profesor! —saltó Doris, ante el asombro de Holdini, que se sentaba a su lado—. No habérseme ocurrido…

—Cuando estábamos prisioneros, un día que no tenía otra cosa en que ocupar mis pensamientos, me vino a la memoria aquel trivial incidente. Me puse a sacar conclusiones, descartando hipótesis, y vi que no podía ser otra cosa que alguna cueva o galería, separada del resto, pero con salida cerca del punto en que estábamos, es decir, cerca también de la Barrera Incógnita.

Holdini escuchaba con atención e intervino en aquel momento:

—¿Estaban también en ese sitio cuando fueron hechos

prisioneros por las patrullas desembarcadas del «Slavia Imperatrix»?

—Efectivamente.

—En tal caso creo será de utilidad saber que los siervos secundarios se escondieron en una pequeña cueva para mejor sorprenderles.

—¡Magnífico! Eso confirma mi suposición.

—¿Cómo puede ser que en tantísimos años no nos hayamos dado cuenta de su existencia? —preguntó Allen Morphy.

—Porque estaba en la zona contaminada. Nosotros no podíamos acercarnos, pero los de Abissis, con sus trajes protectores, no hallaban ninguna diferencia y por eso la descubrieron al instante.

—Esa cueva no tiene comunicación con las del Pueblo Solitario —añadió Holdini— porque en tal caso los siervos secundarios hubieran invadido las demás a través de ellas.

—Eso no es inconveniente. Busquemos la cueva en las lindes de la Barrera Incógnita y de una manera u otra nos abriremos paso.

* * *

Hure Ladd estaba exultante. Ahora el amo de las Cuevas era él. De la manera más sencilla había conseguido deshacerse de aquellos tontos que habían quedado fuera. Naturalmente, no podía dejarlos a todos fuera, pero lo principal estaba hecho.

Tenía hombres enfurecidos que le obedecerían ciegamente, engañados como estaban con la convicción de que la explosión había sido obra de Allen Morphy y de Rarik. Él impondría condiciones y ni en los tiempos antiguos habían podido hacerse revoluciones con tanta facilidad.

Todos podrían regresar… con determinadas condiciones. El submarino debía ser volado ante sus ojos; Allen, los consejeros, el grupo de Rarik, los extranjeros serían arrestados por el tiempo que a él le placiera.

—¡Hay que darse prisa en abrir esa galería! ¡Demasiado ancha!

—No podemos pasar.

—Que trabajen los más delgados. La galería sólo debe servir para pasar los cables de detección y el altavoz que hará saber mis órdenes a los traidores, conminarles para que no huyan dejándonos abandonados.

Se calló. Podía cometer un desliz y se darían cuenta de que las víctimas eran los que estaban allí encerrados y no los que estaban fuera. Por otra parte, cuando pusiera en marcha el altavoz, debía alejar a los hombres para que nadie oyera lo que iba a decir.

—Debemos hacer una galería más ancha —gritó alguien—. Debemos salir cuanto antes al exterior.

—No hay tiempo —dijo Ladd—. De momento esa galería para advertir a vuestras esposas, a vuestros amigos de la traición de Rarik y de Allen. Ellos nos podrán ayudar desde fuera.

Unos hombres habían dejado de trabajar y rodeaban con rostro grave a Hure Ladd. Uno de ellos habló:

—Creemos que se equivoca, Hure Ladd. La galería debe ser lo más ancha posible para poder reunimos con los de fuera lo más pronto posible.

El traidor se vio perdido. Si no escarmentaba a aquellos estúpidos que se permitían pensar por su cuenta, la trampa que había montado se iría abajo en un santiamén. Se llevó maquinalmente la mano al cinto y comprobó que podría sacar el arma ultra-rápida sin ningún inconveniente.

—Estamos en unas circunstancias gravísimas para el Pueblo Solitario. Debo ser obedecido sin reparo alguno. Volved a vuestro trabajo.

—Es muy sospechoso esto. ¿De veras las cargas fueron voladas…?

El desgraciado no pudo terminar la pregunta. Súbitamente se dobló sobre sí mismo y se desplomó como un fardo en el suelo, sin eshalar un gemido tan sólo.

—Eso es lo que espera a los que desobedezcan.

Un estremecimiento de terror corrió por la espina dorsal de cuantos habían presenciado, la brutal escena. En el rostro congestionado, en la fría y acerada mirada de los ojos de Hure Ladd, comprendieron que éste cumpliría su amenaza sin vacilación alguna.

—¿Están los cables colocados? Dadme el terminal.

Un hombre se lo alargó con temor. Hure Ladd se acercó a un sitio desde el que podría dominar fácilmente cualquier conato de rebelión. Desde allí tampoco podía ser oído.

—Atención, Rarik. Atención, Allen Morphy. Atención, todos los

que habéis quedado fuera. Habéis visto que me he apoderado de las Cuevas. Estáis a la intemperie, padecéis frío y padeceréis hambre dentro de poco. Y eso sólo es empezar. Tengo más cargas aún por estallar. Puedo destruir todas las Cuevas, incluso. Pero no quiero mandar sobre ruina y cadáveres. Emplearé las cargas para abrir paso de nuevo. Pero con una condición. En adelante mandaré yo solo y para asegurarme de ello quiero que me entreguen maniatados, uno por uno, a las siguientes personas…

Fué mencionando con acento de odio a sus enemigos, gentes que para él habían osado el delito de discrepar, gentes que buscaban la luz del sol y aborrecían la obscuridad de la caverna sin fin.

—Cuando los tenga a todos en mi poder el submarino extranjero será volado, en prenda de que se abandonan todas esas fantasías de un mundo debajo el mar. Si no aceptáis mis condiciones, no tendré piedad de vosotros, os haré la vida imposible. Ya sabéis que en las Cuevas hay medios para cumplir mis amenazas. Tengo hombres enfurecidos que me obedecerán sin reparos, porque al mismo tiempo están atemorizados. No olvidéis que soy el dueño de las Cuevas, el hombre más poderoso que ha habitado hasta ahora en ellas. Exterminaré a cuantos se me opongan…

Se detuvo. Había percibido un leve cosquilleo en la planta de sus pies. Hubiera jurado que el suelo había vibrado ligeramente.

Repentinamente uno de los detectores del corredor de ascensores comenzó a expandir su bronca voz de alarma.

—¿Qué ocurre en las profundidades? Alguna estupidez habréis cometido…

La vibración iba en aumento. Un sordo murmullo, un vago eco amenazador surgía de la muchedumbre que Hure Ladd creía tener en un férreo puño.

—¡Bloquead los corredores!

Era demasiado tarde. En riada incontenible, los corredores se vieron inundados de hombres y mujeres aullantes. La confusión era enorme. No cabía duda de que los de fuera habían conseguido penetrar en las cuevas quién sabía con qué diabólicas artes.

Hure Ladd se volvió lívido de terror. Ahora sí que estaba perdido sin remisión.

Vio a lo lejos las figuras conocidas de Rarik, de Oleg Mars, de Jan Hofson.

—¡Me las pagarán!

Alzó el arma y apuntó ciegamente hacia la multitud, hacia los rostros odiados. Pulsó el gatillo.

Las balas se estrellaron en las bóvedas. La ululante multitud había desviado el brazo. Sé vio sumergido en la marea. Se oyeron gritos.

—¡No le hagáis daño! ¡Sólo el Consejo está facultado para la justicia! ¡Detenedle!

Hure Ladd se sintió aplastado, vapuleado, arrastrado por la marea, ora a un lado, ora hacia otro lugar de la última Cueva. Maquinalmente se asía a las rocas, corría en los breves momentos en que se sentía libre y se arrastraba en medio de la confusión cuando la masa de sus aprehensores cerraba implacablemente el círculo.

—¡Piedad, piedad! Me entrego…

Se había tendido en el suelo, humillante, perdida toda su dignidad y alzaba los brazos implorante hacia los que había creído poder sojuzgar fácilmente.

EPÍLOGO

—«Wiking». Un nombre que nos recuerda a Erik y sus huestes hallando unas tierras lejanas.

—Lo mismo que pretendemos nosotros.

Rarik contemplaba satisfecho a la nave que fuera construida en los abismos marinos. Se había transformado el nombre y también se había transformado su estructura en el exterior.

El antiguo submarino había sido desprovisto de su rígida cola y bajo su panza unas ruedas dentadas sostenían una serie de cadenas en oruga.

Era Una nueva y gigantesca máquina que se alzaba sobre el pedregoso suelo de la Barrera Igcógnita.

Porque su nueva misión ya no sería la de navegar bajo las aguas, sino la de desplazarse por tierra como una gigantesca fortaleza inmune a toda radiación dañina. A bordo viajaría un puñado de valientes voluntarios que explorarían los continentes malditos en busca de los oasis en que sobreviviera la raza humana.

El «Wiking» aguardaba como un perro fiel que está atento a la orden de su señor. Los alrededores de Sogne Fjord convertidos en astilleros, donde se había operado la transformación del antiguo «Slavia Imperatrix», aparecían ahora desiertos. Todo el mundo se congregaba en las fronteras, en la proximidad de la Barrera Incógnita, que por primera vez Iba a ser atravesada en todo su espesor, fuera cual fuese éste.

Se sucedían las aclamaciones, los gritos de entusiasmo, mezclados con el triste tono de voz del que veía partir a un ser querido. Allí estaba el profesor Rarik, dirigiéndolo todo. Estaban Holdini y Arbenye manejando los complicados mecanismos, contentos de servir a un proyecto que ampliaría los horizontes humanos.

Los «pequeños» del profesor Rarik no se cansaban de estrechar

las manos de los miles de amigos que dejaban en el fiordo. Los que dejaban esposa o prometida las estrechaban entre sus brazos, presintiendo que pasarían muchas semanas, meses quizá, antes de volverse ver.

El profesor Rarik agitó alegremente el brazo. Había visto entre la multitud a Annelie, la hermana de Doris. El que parecía sempiterno solterón, abstraído en sus afanes científicos, había hallado un resquicio en su corazón para ofrendárselo a ella. Cuando regresara la expedición, Rarik desposaría a Annelie.

Doris, sin embargo, estaba sola. Por ella nadie agitaba alegremente el brazo. Ella hubiera querido partir a bordo del «Wiking» pero por una razón sólo conocida por los hombres del Consejo, se le había prohibido hacerlo. Ninguna mujer entre los expedicionarios. Y ella tenía doble motivo para unirse a la expedición.

El primero era la curiosidad que le había impelido desde que escuchara las primeras lecciones del profesor Rarik en la Cueva Tercera. El segundo era que una persona que amaba estaba a bordo, rumbo a lo incógnito.

Ya faltaba poco para que la ingente masa del «Wiking» se pusiera en movimiento. Doris se volvió con lentitud, conteniendo una lágrima que pugnaba por humedecer su bello rostro, y comenzó, a alejarse en dirección al fiordo.

Estaba lejos de la multitud. Veía las negras aguas del fiordo a sus pies, los extraños armazones de los astilleros, solitarios. Comenzó a descender por la rampa que se había construido para las pruebas del funcionamiento de las orugas. Allí estaría sola con sus pensamientos. Allí podría llorar, libre de curiosidades.

—¡Doris! No te encontraba.

Se volvió. Era Holdini. No la olvidaba, Ella se sintió estrujada, mientras sus labios se unían en un beso eterno.

—No debía marcharme sin decirte lo mucho que te quiero. ¿Me aguardarás, Doris?

—Sí, te aguardaré. Sólo pensaré en ti.

Un largo silbido atronó en el espacio el característico ruido de las máquinas de la terrestre nave. El «Wiking» debía partir, y con él, un extranjero que se identificaba con su nueva patria hasta el extremo de dejar su corazón apresado entre los encantos de Doris,

la valiente hija del Pueblo Solitario.

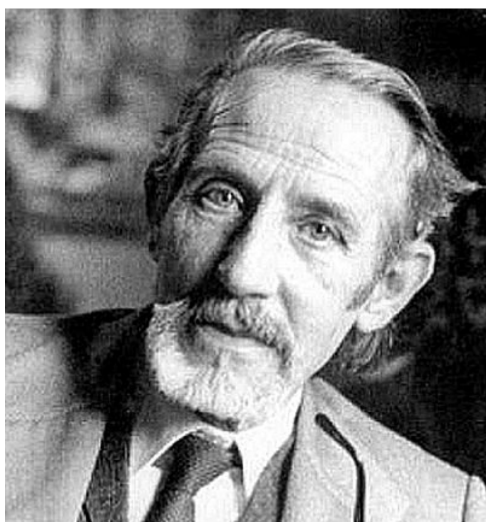
—Adiós, Doris.

—Te acompañaré hasta el «Wiking».

No hablaron más. Caminaban silenciosamente, las manos entrelazadas, rumbo al futuro. Pero ellos quizá no lo sabían. Porque andaban lentamente, abstraídos de todo.

Del presente, del pasado, del porvenir…





Juan Llarch Roig (19/03/1920-1987), fue un escritor catalán que cultivó diversos géneros: novela, biografía, artículos periodísticos y ensayos, destacando en los de tipo histórico y sobre la Guerra Civil, la cual vivió en primera persona.

Hijo de familia obrera, pronto quedó huérfano y tuvo que trabajar para comer. Fue llamado a filas en la Guerra Civil en la infausta quinta del biberón y participó en la batalla del Ebro, en la 60a. División republicana. De allí salió vivo pero cautivo, pasó por campos de concentración y por un servicio militar de castigo de cinco años en el ejército vencedor.

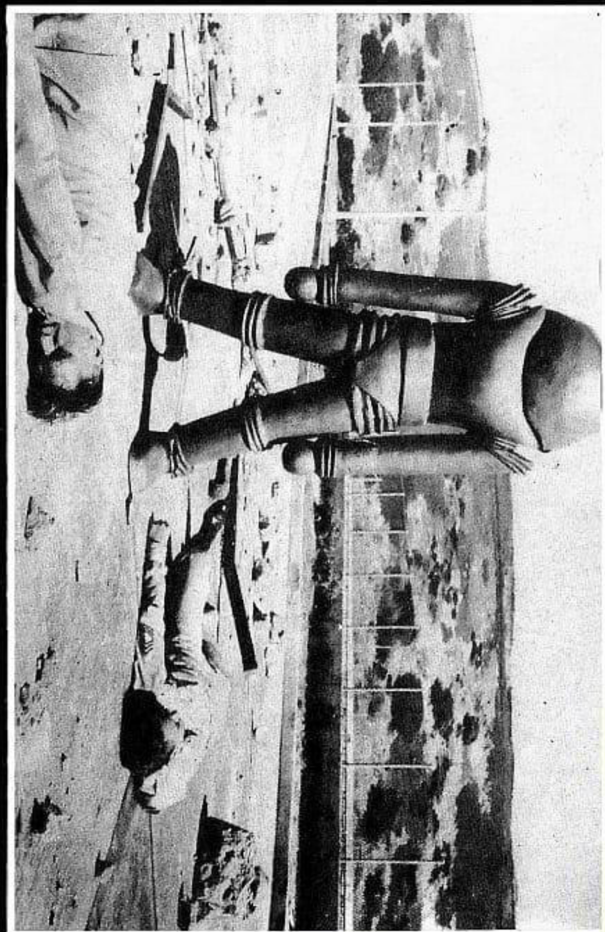
Al salir de las represalias, tuvo que ir malviviendo con trabajos miserables que compaginó con su vocación autodidacta para la escritura. Alcanzó pequeños trabajos literarios por encargo o con diferentes firmas, pero así fue acumulando una bibliografía que llegaría a una cincuentena de títulos utilizando diversos seudónimos como, S.
S. Kent,
Trevor Sanders o Chuck Donovan.

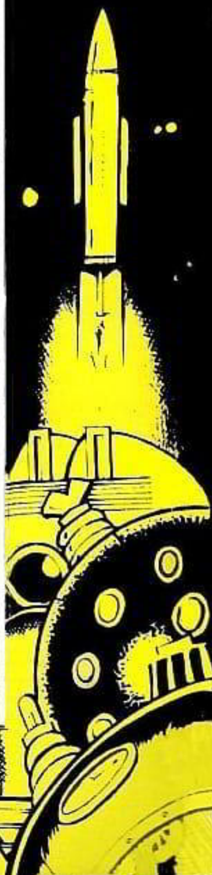
Los temas y medios que barajaba en sus escritos fueron muy variados: novelas, cómics, divulgación y biografías. La mayor parte

de su obra está publicada en castellano, aunque también tiene producción notable en catalán, como la novela de 1982 Memòria de la fosca nit.

Entre sus obras sobre la Guerra Civil destacan: La muerte de Durruti, La batalla del Ebro y La trágica muerte de Companys; y de su creación novelada la obra más importantes es Los días rojinegros. Llarch escribió biografías de Durruti, Negrín, Gaudí y Dalí, y una sobre Franco, nada laudatoria, que obtuvo gran acogida en América Latina.

Desde 1962, se estableció en el barrio de Sarrià. Casado con Filomena Rubio, Joan Llarch murió en su casa en mayo de 1987, de un ataque al corazón. El 2001, el Distrito de Sarrià-Sant Gervasi, por iniciativa vecinal, le dedicó los jardines que llevan su nombre, en la Avenida JV Foix.





Escena de INVASION DE PLATILLOS VOLANTES, de Columbia Films

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 3,5 pesos